

La Ilustración Artística

Año XXIII

← BARCELONA 4 DE JULIO DE 1904 →

Núm. 1.175

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



A PUNTO DE PARTIR, cuadro de Federico Vallet-Bisson





Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *La niña de Pancho Archete. Recuerdos de un ministro Narváez*, por Angel R. Chaves. — *Antes de la partida, cuadro de Virginia Demont-Bretón.* — *El conde de Cheste*, por Kasabal. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa.* — *Nuestros grabados.* — *Espectáculos.* — *Problema de ajedrez.* — *Mista Jeromita*, novela ilustrada (continuación). — *¡Fuego!*, por el capitán Arturo Shean. — *Un nuevo deporte. El «push-ball» á caballo.*

Grabados.— *A punto de partir*, cuadro de Federico Vallet-Bisson. — Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el artículo *La niña de Pancho Archete.* — *Salida de Gil Blas de Oviéd* o cuadro de José Moreno Carbonero. — *Mme. Demont-Bretón.* — *Antes de la partida. La última taza de leche*, cuadro de Virginia Demont-Bretón. — *El conde de Cheste.* — *Guerra ruso-japonesa. Conducción de prisioneros heridos rusos*, dibujo de Ralph Cleaver. — *Los rusos construyendo las obras de defensa de Puerto Arthur*, dibujo de F. J. Waugh. — *Kuropat-kine, general en jefe del ejército ruso en el Extremo Oriente*, dibujo de H. W. Koekkoek. — *Carrera de automóviles. La copa Gordon-Bennet. El vencedor Thery.* — *El emperador presenciando la carrera desde su tribuna.* — *Precauciones en casos de incendio.* — *Un nuevo deporte. El «push-ball» á caballo. Una refriega general.* — *El empuje de un equipo.*

REVISTA HISPANO-AMERICANA

República Argentina: crecimiento de la población: la ciudad de Buenos Aires: elección presidencial. — *Uruguay:* la guerra civil y sus consecuencias. — *Bolivia:* elección de presidente: el tratado de Petrópolis. — *Perú:* cuestión de límites con el Brasil: actitud de esta república: candidatos á la presidencia del Perú. — *Venezuela:* la dictadura de Castro y la nueva constitución federal. — *Nicaragua:* el ferrocarril interoceánico: trabajos de colonización. — La Liga federal de estudiantes en Centroamérica.

D. Gabriel Carrasco, director de la Oficina Demográfica argentina, ha presentado al 2.º Congreso médico latino-americano, reunido en Buenos Aires en abril último, un trabajo sobre el crecimiento de la población de la República Argentina, comparado con el de las principales naciones.

La conclusión del notable estudio del Sr. Carrasco es que la población del mundo sigue creciendo, y que en el último decenio su crecimiento se ha acelerado de manera tal, que puede afirmarse que en ningún período de la época de que existe historia estadística ese movimiento ha sido tan grande.

Las naciones americanas y la Australia, países de inmensa extensión territorial, físicamente ricas, poco densamente pobladas y que reciben inmigración, son las que presentan mayor crecimiento relativo, y las que, sin duda, están llamadas á tenerlo aún más rápido en lo futuro, cuando mejoren sus condiciones políticas, únicas que, en la actualidad y en algunas de ellas, ponen obstáculo á sus progresos, porque el emigrante no va adonde la paz, el orden y la justicia no están del todo asegurados.

La República Argentina, que ha pasado ya de su período histórico de formación, y que por otra parte ofrece condiciones especialmente favorables para los inmigrantes, es en la actualidad la que presenta una ley de crecimiento más rápido, no solamente entre las de América, sino también entre todos los países de que existen estadísticas fehacientes.

De 1895 á 1903 el crecimiento medio anual de la población argentina ha sido de 33'6 por 1.000 habitantes. Siguen inmediatamente á esta República cinco Estados americanos: Costa Rica, Uruguay, Brasil, Guatemala y los Unidos del Norte. De los Estados de Europa, el de mayor crecimiento es el reino de Sajonia, con 20 por 1.000; el de menos Francia, con 1'2 por 1.000. España ocupa el 41.º lugar entre los 47 países que enumera el Sr. Carrasco, con un crecimiento medio anual de 3'2 por 1.000 (decenio 1887-1897).

El Anuario estadístico de la ciudad de Buenos Aires correspondiente á 1903, ahora también publicado, señala el rápido é importante aumento de la población de la capital. En 31 de diciembre de 1902 tenía 870.237 habitantes; en la misma fecha de 1903, 895.381, es decir, 25.144 más. En el año nacieron 31.636 individuos; murieron 13.996, esto es, el 15'6 por 1.000, uno de los tipos más bajos que se conocen en la estadística demográfica internacional.

El 12 de junio se reunieron los colegios electorales para la votación de Presidente; resultó elegido D. Manuel Quintana, hombre de unos 65 años de edad, ex ministro del Interior, abogado y consejero

de varias compañías de ferrocarriles. Su elección estaba prevista, sobre todo desde que D. Marco Avelaneda retiró su candidatura. Ha habido algunos desórdenes en las provincias; pero no tuvieron gran importancia. El nuevo Presidente entrará en funciones el 12 de octubre.

* *

Continúa la guerra civil en el Uruguay. A mediados de febrero los blancos se batían en retirada hacia el N., y el gobierno, confiado en la victoria, adoptaba contra ellos medidas muy severas. En marzo, después de sangrienta acción en el Paso del Parque, se creyó que Saravia iba á darse por vencido y que la guerra estaba á punto de terminar. No sucedió así. Delegados argentinos presentáronse como mediadores; pero el Presidente se negó á tratar de poder á poder con los rebeldes.

El 11 de abril se reunieron en el Salón de la Cámara de Comercio de Montevideo los hacendados del país para estudiar la manera de poner remedio á los perjuicios que ocasionaba la guerra; allí estuvieron representados muchos millones de pesos de la riqueza uruguaya. Proponíanse los hacendados, más que gestionar en favor de la paz inmediata, impedir desde luego que los de uno y otro bando, los blancos y los colorados, echaran mano en los campos de cuanto les convenía ó necesitaban para las atenciones de la campaña; pidieron que se reglamentase la requisita de ganados y que se les permitiera organizar policía ó guardia rural.

Entretanto, los generales del gobierno Benavente y Muniz hostilizaban á Saravia, no tan decaído como suponían en Montevideo. Hemos llegado á fin de junio, y todavía hay empeñados combates, como el de Cerro Largo, en el que, según los partes oficiales, se causa al enemigo 600 bajas entre muertos y heridos.

Compréndese que seis meses de guerra civil tienen que hacerse sentir en la situación económica del país. El gobierno se apresura á presentar el proyecto de ley de nueva tributación, porque urge, según declara, arbitrar recursos, no sólo para hacer frente á las necesidades que sobrevengan, sino para atender á pagos en suspenso.

* *

En mayo último fué elegido Presidente de la República de Bolivia el coronel y doctor D. Ismael Montes.

La cuestión con el Brasil está ya resuelta y, si no surge nuevo conflicto, quedan aseguradas las buenas relaciones entre ambas repúblicas. Aludiendo á este asunto, el Presidente de los Estados Unidos del Brasil, en su Mensaje de 3 de mayo, mostrábase satisfecho de la solución, puesto que por virtud del tratado de Petrópolis, que ha puesto fin á la contienda, el Brasil recupera casi todos los territorios del Purús y del Yuruá superiores, que por el tratado de 1867 habían sido implícitamente cedidos á Bolivia y en los que hay numerosa población brasileña. Conviene recordar que, según la parte contraria, era Bolivia la que había cedido territorios al Brasil por virtud del mencionado tratado. Además, el Brasil ha adquirido los derechos que alegaba Bolivia sobre la cuenca del Ucayali, al N. del paralelo de 11º Sur, país que el Perú considera como suyo.

* *

El tratado de Petrópolis y los preliminares del mismo fueron el origen de las desavenencias entre el Brasil y el Perú, según ya se indicó en la *Revista* anterior.

El gobierno peruano pretendió que su representante en Río de Janeiro tomara parte en las negociaciones. Propuso después—y era lo más equitativo—que las cuestiones de límites entre los tres países se sometieran al juicio de árbitro. El Brasil rechazó esas pretensiones, estimando que era más práctico y más sencillo tratar independientemente con cada uno de los interesados. Recordó el caso del mismo Perú que en 1851 negoció primero con el Brasil y después con el Ecuador y Colombia, y que en 1887 y 1890 trató también separadamente con estas dos últimas repúblicas.

Una vez suscrito el tratado, el Perú se halla—según el gobierno brasileño—en mejores condiciones para arreglar la cuestión de límites con Brasil y Bolivia. No se le niega la facultad de hacer valer los derechos que tenga, y dispuesto está el Brasil á tratar

con el gobierno peruano. Pero no quería entrar en negociaciones hasta tanto que el Perú no hubiese retirado los destacamentos militares que envió al Yuruá y al Purús. El Brasil no podía tolerar que durante el curso de la negociación las autoridades peruanas imperasen sobre los brasileños que tranquilamente vivían en comarcas que tiene por suyas mientras el Perú no demuestre lo contrario.

La convención del partido civilista del Perú ha proclamado candidato á la presidencia de la República al Sr. D. José Pardo, ex ministro de Asuntos extranjeros é hijo del antiguo presidente fundador del citado partido.

En estos últimos días el telégrafo nos ha transmitido noticias poco satisfactorias; parece que hay otros candidatos y gran apasionamiento en los partidos; se teme que la elección sea reñida y provoque graves desórdenes. En las actuales circunstancias, una revolución haría mucho daño, pues habría de paralizar el desarrollo extraordinario que allí han tomado todos los elementos de la riqueza pública.

El Perú, como dice un periódico chileno, ha renacido de sus cenizas, potente y regenerado. En 6 años, desde 1896 á 1902, el comercio general de la República ha tenido un aumento del 60 por 100. En los últimos 8 años se han creado 160 sociedades de crédito, mineras, agrícolas, de locomoción, etc., con un capital total de 175 millones de pesos. Los ferrocarriles que en 1895 sumaban 1.254 kilómetros, pasan hoy de 5.000. La capital, Lima, se extiende y hermosea; tiene un kilómetro cuadrado más de superficie que en 1896. Bien es verdad que allí se ha conseguido lo que no se puede lograr en muchas poblaciones de España: expulsar de los municipios á los hombres políticos.

* *

Desde principios de año funcionaban en Venezuela las juntas políticas organizadas con el fin de hacer propaganda en favor de la reforma constitucional. Patrocinó esas juntas el presidente, que aspiraba á mandar durante nuevo período en la República y se proponía también procurar que se revisara el sistema federativo vigente en ella.

Castro, que se ha impuesto á todos los partidos y banderías del país y que hasta el día viene consiguiendo que su voluntad sea ley suprema en la República, ha logrado una vez más sus propósitos. El Congreso, actuando como Asamblea Constituyente, ha convertido el hecho en derecho. El 5 de mayo confirió á Castro plenos poderes dictatoriales por un año con el título de Presidente provisional. La misma asamblea había aprobado nueva constitución federal, quedando la República dividida en 13 Estados.

* *

Los yanquis, tan entusiasmados hace algunos años con el canal de Nicaragua, han preferido el de Panamá. No habrá canal interoceánico por territorio nicaraguense; mas parece que sí habrá ferrocarril. Por vías ferrea y lacustre combinadas podrá pasarse desde Punta Mona, en el Atlántico, á Corinto, en el Pacífico.

Entre el puerto de Punta Mona ó Monkey Point (nombre inglés que se piensa cambiar por otro nacional), el ferrocarril llamado del Atlántico establecerá comunicación con San Miguelito, en la orilla SE. del lago Nicaragua. Son unos 170 kilómetros. Viajeros y mercancías cruzarán el lago en vapores hasta Granada, al NO., y aquí tomarán el ferrocarril que por la orilla occidental del lago Managua va al puerto de Corinto. Dícese que el ferrocarril del Atlántico quedará terminado á fines de 1905.

Los trabajos de colonización en el departamento de Nueva Segovia, ó sea en la parte Norte de la República, prosiguen con gran actividad. El concesionario, Sr. Dietrik, ha inspeccionado detenidamente todo el país, desde Jinotega al cabo Gracias-á-Dios, y proyecta construir ferrocarril entre estos dos puntos.

* *

En Guatemala se ha constituido la «Liga Federal de Estudiantes», cuyo primer acto fué dirigirse á sus compañeros y á la prensa de las demás Repúblicas de la América central, invitando á todos á cooperar en la obra de reconciliación de la familia centroamericana para llegar á reconstruir la patria común. La Liga se propone publicar un periódico quincenal titulado *Patria*.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



... ya haciendo pajaritas de papel en uno de los amplios divanes

Carlos VAZQUEZ

LA NIÑA DE PANCHO ARTECHE

(RECUERDOS DE UN MINISTERIO NARVÁEZ)

I

Por supuesto que Pancho Arteché no se llamaba así, ni ese es el camino. Las cosas que me propongo contar están todavía lo bastante cerca de nosotros para que me parezca bien sacar á plaza nombres verdaderos. Por eso he bautizado como me ha parecido á una de las figuras que han de danzar en este episodio. Entiéndase bien, sin embargo, que salvo el nombre, todo lo demás es tan real y positivo, que sigo temiendo que aún haya quien á pesar de mis precauciones conozca al personaje.

El Pancho Arteché que digo no era un cualquiera. Era todo un teniente coronel de nuestro ejército, y no debía ser de los más vulgares y adocenados cuando D. Ramón María Narváez, entonces presidente del Consejo y ministro de la Guerra, le había aceptado hasta gustoso como ayudante á sus órdenes.

Pancho—éste ú otro igualmente familiar era el nombre por que empezaron á designarle sus íntimos y acabó por conocerle todo el mundo,—aunque modelo de distinción y de exquisito trato social, no lo era, y sobre todo no lo había sido, en punto á costumbres morigeradas y sobrias.

Militar de pura sangre, para él no había más código ni libro de moral que la ordenanza, y todo cuanto no estuviera taxativamente prohibido en ella, le parecía natural y lógico.

Un poco aficionado á los buenos vinos, más aficionado todavía á las cartas y sobre todo apasionadísimo por las buenas mozas, su vida de subalterno había sido una continua borrasca, en que sin echar una sola mancha en su hoja de servicios, se había visto precisado en más de una ocasión á apalearse á algún inglés demasiado exigente, á batirse con algún marido un poco quisquilloso, ó á probar la fuerza de sus puños en algún *banquero* sobrado ágil de manos para amarrar un as ó una sota.

Ni estos incidentes, ni la falta de metales preciosos de que más de una vez se veía aquejado le quitaba el buen humor, y sólo salía de una peligrosa aventura para meterse en otra.

De éstas, sin embargo, hubo una que debió tener muy otra trascendencia, cuando por consecuencia de ella Pancho Arteché, que no era hombre que se ahogara en poca agua, se decidió á dejar la capital de la Isla de Cuba, donde desde hacía largos años vivía como el pez en el agua, viniéndose á la península, gracias á la influencia de cierto capitán general, que dispensaba á Arteché decidida protección.

De la hermosa criolla, causa de su fuga de la Habana, jamás volvió á hablar Pancho, y eso que le quedó un recuerdo imperecedero de aquellos amores, que por lo visto no se parecía á los que Arteché tuvo hasta entonces.

Como fruto de ellos, el arriscado militar se trajo á España una niña, de dos años entonces, y que ya prometía todos los encantos, que no eran pocos, de su madre.

II

La educación recibida por la niña de Pancho Arteché claro está que no había de ser la más á propósito para hacer de ella un dechado de timidez y encogimiento.

Sin otros cuidados que los de una vieja que con humos de institutriz no pasaba de dócil y no muy culta criada, y los de su padre, que no hacía en España vida mucho más morigerada que en Cuba, la niña creció como planta tropical, esto es, exuberante en savia y rica en aromas y colores, pero sin que la mano hábil de un jardinero se hubiera cuidado de enderezar su tallo.

No quiere decir esto, sin embargo, que la muchacha—en los catorce años rayaba ya en la época de nuestro relato—inspirara serios temores, ni dejara de descubrir sólidas virtudes á través de su corteza desenvuelta. Sencillamente, el haberse criado mimada y sin freno, la había hecho caprichosilla y voluntariosa; pero podía tenerse la seguridad de que los ímpetus que no pudieran atajar reprimendas ó amonestaciones, los contendrían sin trabajo su natural recto y sincero y su clarísimo instinto para distinguir el bien del mal.

Además en Charito—así llamaremos á la niña de Pancho Arteché—había cierta propensión á explotar sus defectos. Comprendía que su desenfado la abría de par en par la voluntad de todos, y con lo que pudiéramos calificar de innata coquetería, lejos de disimularlo, no perdía ocasión de ponerle de manifiesto, segura de que era el mayor de sus atractivos.

Y tan grande debía ser, que uno de los cariños que primero conquistó fué el de un hombre de quien la historia cuenta muchos hechos gloriosos como militar, no pocos arranques de inconcebible entereza como hombre de Estado, pero escasos, escasísimos rasgos que dieran muestras de su blandura de corazón. Aquel hombre era D. Ramón María Narváez.

Arteché, á poco de ser ayudante del general, presentó un día á éste á su hija. Al duque de Valencia, á quien cogió sin duda en uno de sus pocos ratos de buen humor, hizo gracia aquella muñeca, de ocho años entonces, á quien no causaba miedo el entrecejo que hacía palidecer á hombres curtidos en los campos de batalla, y en vez de no volverse á acordar de la chiquilla, preguntó por ella con frecuencia á su padre, hizo que la volviera á llevar á su despacho y la sentó diversas veces á su mesa.

Charito, que desde el primer día comenzó á llamar, sin saberse por qué, padrino al general, acabó por hacerse una necesidad para éste, y el que no toleraba la menor observación á los que se creían más seguros de su confianza, dejaba que aquella chiquela desenfadada é inquieta le importunara con su charla hasta en los momentos de más honda preocupación del que dirigía los destinos de la nación, en un período en que no era fácil marcar rumbo á lo que entonces llamaban los «papeles públicos» la «nave del Estado.»

Abiertas á todas horas para la hija de Pancho Arteché las puertas del despacho del general, en él se pasaba largos ratos sin parar en parte alguna, ya haciendo pajaritas de papel en uno de los amplios divanes, ya tomando por asalto la primera mesa que encontraba vacía para dibujar con no poco gracejo la caricatura de cualquier personaje de los recibidos en audiencia, ó para imitar con la habilidad del más experto falsificador la firma con que el padrino autorizaba Reales Ordenes ó proyectos de ley.

Tales libertades dieron ocasión más de una vez á serias perturbaciones. Un día, por ejemplo, al recoger para incluirlo en la cartera de firma de la reina un Real Despacho que el presidente había hecho extender con toda urgencia, el secretario vió con ver-

dadero terror que en la amplia margen del documento estaba trazada con la más picaresca de las intenciones la cómica silueta de un príncipe de la Iglesia que jugaba entonces muy principal papel en la política y que tenía fama, y no inmerecida, de estar mejor quisto en palacio que en la presidencia del Consejo.

Como del hecho no había más remedio que dar cuenta al general, todos temblaron. ¿Qué iba á pasar? La fiera á que bastaba una palabra para enfurecer, ¿qué haría al enterarse de un hecho capaz de sacar de quicio al varón más pacífico y sufrido?

Pues no pasó nada. El intratable D. Ramón María Narváez se contentó con lanzar dos ternos de los más redondos, y después de cortar y guardarse la caricatura, arrojó el Real Despacho á la chimenea diciendo:

—Que hagan otro, y si no se firma hoy se firmará otro día.

Y no por ello se limitaron en lo más mínimo las intrusiones de Charito, que siguió entrando en el despacho del ministro de la Guerra como en su casa.

Por cierto, que al verla con su vestidillo corto de chaconada de colores claros en aquel sitio donde con tanta frecuencia se fulminaban decretos de deportación y se daban á la policía instrucciones que por lo tenebrosas no hubiera desdeñado el mismo Consejo de los Diez, involuntariamente hacía pensar en esas mariposas que á lo mejor revolotean sobre los campos en que la guerra acaba de hacer pasar su soplo de desolación y de muerte.

III

La época en que la niña de Pancho Arteché cumplía los catorce años, fué una de las más tristes de aquel lamentable período histórico.

Movido por las delaciones de que á diario daban cuenta unas veces de reales y otras de soñadas conspiraciones, el ministerio Narváez extremó hasta tal punto su sistema de persecución, que la más leve sospecha bastaba para que cualquier pacífico ciudadano pasara de la tertulia del café ó desde su mísero lecho á las prisiones de San Francisco ó al Saladero, y de allí, sin que ni su misma familia se enterara, al primer puerto de embarque. Era el período de apogeo de las famosas «cuerdas á Filipinas.»

Un día en que Charito, á la que ciertos pudores de mujer incipiente, de que no se daba exacta cuenta, hacían que no frecuentase tanto ni con tanto desembarazo los salones del Ministerio, se hallaba sola en su casa con su aya, cuando ésta la anunció que una señora desconocida deseaba hablarle breves momentos.

La muchacha, poco acostumbrada al trato social, iba á negarse á recibir aquella visita que sin saber por qué la intimidaba, pero no tuvo tiempo. Cuando quiso recordar tenía delante de sí una mujer modestamente vestida de negro, pero cuyo porte revelaba la distinción de una dama perteneciente á clase social no por cierto de las más humildes.

—Señorita, dijo la incógnita con voz mezclada con los sollozos. Perdóneme que la importune; pero usted, usted sola puede salvarme. Es más, puede librar de la miseria y de la muerte quizá á mis hijos.

Charito quiso responder, pero la desconocida la atajó la palabra prosiguiendo con cierta incoherencia:

—Mi marido está preso. No sé qué empecatados papeles que le han cogido le señalan como jefe de un complot contra el gobierno; pero yo sé que es inocente, es decir, no sé si lo es, pero en adelante lo será. Si usted le salva, yo respondí de que jamás volverá á conspirar.

Charito, visiblemente afectada, había hecho sentar á la enlutada á su lado, y un tanto repuesta de su sorpresa pudo preguntar:

—¿Pero yo qué puedo hacer?

—Todo. A mi marido le espera dentro de pocas horas la deportación, tal vez la muerte. Usted es la única persona que tiene verdadera influencia sobre el general Narváez; si él quiere, mejor dicho, si quiere usted, una orden, un volante suyo bastará para parar el golpe.

—¿Y quién es capaz de abordar á mi padrino con tal pretensión?, preguntó la niña de Arteché, á quien ahogaban las lágrimas.

—Sólo usted, respondió con aplomo la incógnita.

—Se equivoca de medio á medio. Si mi padre se hubiese metido en los líos en que parece andar mezclado su esposo, no me comprometería á salvarle. Conozco demasiado á mi padrino.

La enlutada dama no se dió por vencida. Con tales colores pintó sus angustias, las buenas prendas de su marido y las tristezas que había de llevar á su hogar la falta del que era alegría y sostén de sus desventurados hijos, que Charito, acorralada en sus últimas trincheras, no supo qué responder.

Por fin, iluminándose súbitamente su rostro, como si por su mente hubiera cruzado una idea salvadora, dijo con aplomo á la desconocida:

—Voy á jugar el todo por el todo. Esta noche á primera hora véngase por aquí. Tal vez su pleito no sea cosa completamente perdida.

Y despidiendo á toda prisa á la enlutada, dijo á su aya:

—Busca un coche, que me vas á llevar al Ministerio.

IV

Aquel día en el despacho de Narváez había inusitado movimiento. Las caras preocupadas de todos revelaban que algo grave ocurría. Si esto no fuera bastante, la entrada y salida de ciertos pájaros de mal agüero, que á la legua revelaban pertenecer á la policía secreta del general, confirmaban que se trataba de prevenir algún golpe dirigido contra el gobierno y quién sabe si con alcance á otras más elevadas esferas.

Charito, cuya presencia pareció pasar poco menos que inadvertida, aparentó preocuparse poco de lo que ocurría en su alrededor, y como en los mejores días, no se dió punto de reposo á correr de mesa en mesa, en trastear con los papeles y en no darse paz á la mano en revolverlo todo con una nerviosidad que no dejaba de tener sus puntos y ribetes de febril.

Aunque en el despacho estuvo largas horas, apenas si pudo saludar á su padrino. De tal modo andaba éste zahareño y malhumorado, que ni la misma Charito se atrevió á dirigirle la palabra.

No obstante, cuando la chiquilla, á la caída de la tarde, se volvía á su casa, parecía satisfecha y risueña como si hubiera conseguido lo que se proponía.

Y ¡vaya si debía haberlo conseguido! Como que una hora después, cuando la dama del vestido negro acudía á la cita dada por Charito, ésta la recibió de

trueno el duque de Valencia. Este volante ha salido de aquí mismo y esta firma contrahecha no puede haber sido trazada sino por mano de persona muy allegada á mí.

Y convertido en un verdadero basilisco, ordenó, entre votos y ternos, por supuesto, que nadie saliera de la casa hasta que una escrupulosa indagatoria pusiera los hechos en claro y se pudiera castigar con el mayor rigor á los que en su propia casa conspiraban contra el poder.

Por suerte nada pudo averiguarse. Es decir, algo debió traslucir el general aquella noche cuando Charito, que se había convidado ella misma á comer con el malhumorado presidente del Consejo, dejando un beso en su cetrina frente le dijo al despedirse:

—Padrino, este es un adiós definitivo. Ya soy una mujercita y no está bien que de aquí en adelante ande dando vueltas en tu despacho como cuando era una chiquilla aturdida y más propensa á dejarse llevar de los arranques de su natural generoso y compasivo, que no de lo que aconsejan la prudencia y la reflexión.

ANGEL R. CHAVES.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

ANTES DE LA PARTIDA

CUADRO DE VIRGINIA DEMONT-BRETÓN

Esta notable pintora, cuyo nombre figura actualmente entre los de los más celebrados artistas franceses, nació en Courieres (Paso de Calais) en 26 de julio de 1859.

Descendiente de pintores, pues su padre es el famoso Julio Bretón y su abuelo materno fué el reputado artista belga Félix de Vigne, heredó de ellos el amor á las bellas artes y aptitudes excepcionales para el cultivo de la pintura, á la que se dedicó desde muy joven. Y como si el destino se complaciera en fomentar en ella aquella afición y estas disposiciones, dióle por esposo al celebrado paisista Adriano Luis Demont. Desde que en el Salón de 1880, el mismo año de su matrimonio, expuso dos pequeños cuadros, *Flor de abril* y *El arroyuelo*, que le valieron una mención honorífica, su carrera ha sido una serie no interrumpida de

éxitos, entre los cuales mencionaremos los conseguidos en 1881 con su *Esposa del pescador desembarcando á sus hijos* (3.ª medalla en el Salón de París); con *La familia*, que expuso en 1882 en Amsterdam (medalla de oro) y que actualmente figura en el museo de Douai; con *La playa* (medalla de 2.ª clase en el Salón de 1883) que se conserva en el Museo del Luxemburgo, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Mme. Demont-Bretón se dedica especialmente á pintar escenas de la vida marítima de Bretaña, su patria; sus cuadros son algo más que la reproducción exacta de los espectáculos que allí ofrece el mar y de los tipos de aquellos marinos; hay en ellos lo que presta mayor atractivo á las obras de arte, el alma de aquellos hombres que exponen á cada momento su existencia, la de aquellas mujeres que viven en continua zozobra; el espíritu, por decirlo así, que flota en aquellos sitios.—X.



Salida de Gil Blas de Oviedo, cuadro de José Moreno Carbonero

tal modo alegre y expansiva, que la atribulada visitante no pudo menos de abrir por entero el pecho á la esperanza.

Esperanza que se vió trocada en satisfactoria realidad cuando la niña, poniendo en sus manos un papel encerrado en un sobre, la dijo con el aplomo y la previsión de una mujer:

—Todo está hecho. Con esto basta para que su esposo salga de las prisiones militares. Pero es preciso no perder un minuto. Si mañana el pájaro no ha tendido el vuelo y no ha logrado ocultarse hasta que pueda salvar la frontera, nada habríamos ganado. Aproveche el tiempo y Dios la dé fortuna.

Y desatendiéndose de las frases de agradecimiento que la dama mezclaba con sus lágrimas, la empujó cariñosamente hacia la puerta.

V

La indignación que D. Ramón María Narváez sintió al día siguiente al enterarse de que el que se creía jefe y cabeza de una terrible y complicada conspiración se había fugado de las prisiones de San Francisco, no es para descrita.

Pero á aquella desbordada ira lo que no tardó en suceder fué la más inusitada de las sorpresas. A las destempladas recriminaciones del general, toda la respuesta que se dió fué poner en sus manos un volante en toda regla, en que con el auténtico sello del Ministerio y con la propia firma del presidente del Consejo se mandaba poner en libertad al temido conspirador.

—Estoy rodeado de traidores, gritó con voz de

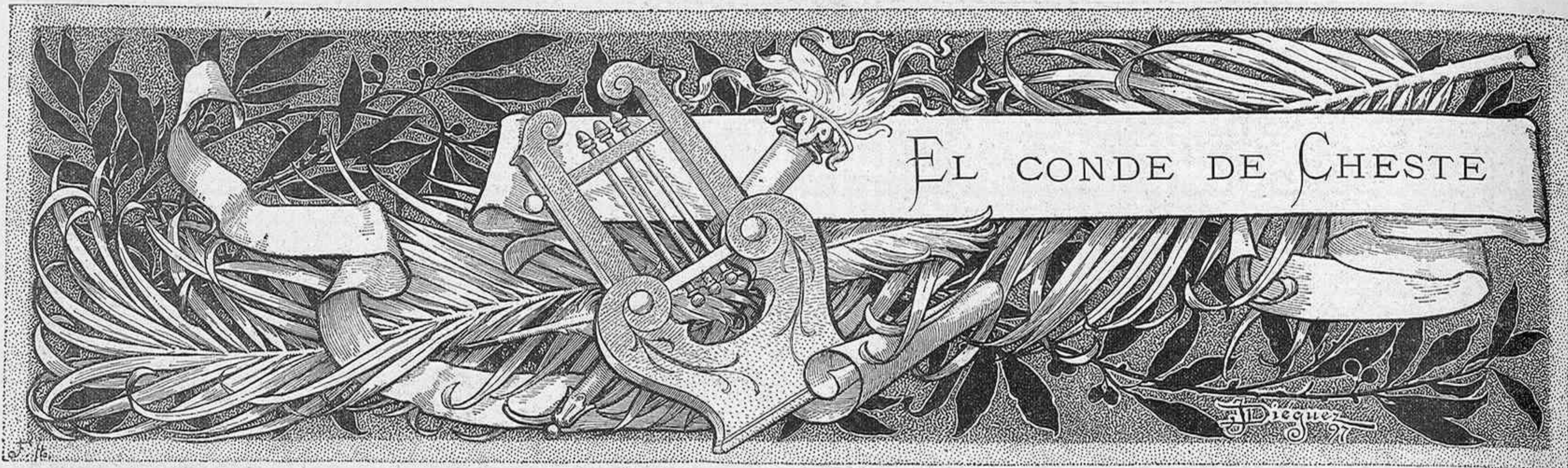


MME. DEMONT-BRETÓN, notable pintora francesa



ANTES DE LA PARTIDA: LA ÚLTIMA TAZA DE LECHE, cuadro de Virginia Demont-Bretón

(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1904)



El público que en la noche del 30 de diciembre de 1831 salía regocijado del teatro del Príncipe saboreando los primores de *Marcela ¿o á cuál de las tres?*, la preciosa comedia de Bretón de los Herreros que se había estrenado aquella noche, hacía comentarios acerca de la obra y de los personajes que en ella intervenían, quedando como cosa cierta que los tipos no eran creación del aplaudido autor, sino que estaban tomados de la vida real.

Este fué el tema de las conversaciones del Madrid literario y elegante durante muchos días, y todos convinieron en que el taciturno y amartelado poeta don Amadeo Tristán del Valle no era otro que un noble y caballeresco capitán de caballería entregado con buen éxito al culto de las musas, y entonces, por su edad lozana, al de las bellas.

¿Quién era este bravo militar que emulaba á Garcilaso manejando, ora la espada, ora la pluma? Pues un apuesto joven que tenía veintidós años el 1831, que había nacido en Lima, donde su ilustre padre desempeñó las funciones de virrey, y que se llamaba entonces D. Juan de la Pezuela, ó el capitán Pezuela sencillamente, y que hoy, á la respetable edad de noventa y cuatro diciembre, es el Excmo. Sr. conde de Cheste, capitán general de los ejércitos nacionales, presidente de la Academia Española, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro, etc., etc., y el último representante en nuestros días de aquella generación gloriosa que se batió bizarramente por la libertad en la guerra civil de los siete años que siguió á la muerte de Fernando VII, que tomó parte en el movimiento romántico tan glorioso para nuestras letras y que ha figurado en primera línea en todos los sucesos culminantes del agitado reinado de doña Isabel II.

Poco tiempo después del estreno de *Marcela*, en 1834, mandaba Pezuela la caballería de Aragón, y en la guerra civil se distinguió tanto y se batió con tal bravura, que en los campos de batalla ganó por su propio esfuerzo sus grados y sus títulos, alcanzando la reputación merecida de esforzado, de entendido y de valiente.

Las hazañas del guerrero no hacían olvidar los lauros del antiguo alumno del colegio de San Mateo, donde fueron maestros Hermosilla y Lista, y en cuanto Pezuela envainaba la espada, no dejaba de manejar la pluma para dar expansión á las aficiones de su alma.

Ya en 1833 había escrito una comedia titulada *La gracia de la vejez*, en 1845 ingresó en la Academia Española, y su nombre ilustre va unido al *Parnasillo*, á la creación del Liceo, á la del Ateneo Artístico y Literario de Madrid y á todos los acontecimientos importantes de su época.

Fué de gallarda figura en su juventud, tipo eminentemente romántico como el de Espronceda, y aun hoy, en su ancianidad, conserva un sello de distinción tan elegante, que cuando con el Toisón al cuello y las bandas cruzando el pecho, sobre el que brillan multitud de condecoraciones, pregoneras de méritos y hazañas, preside las solemnidades de la Academia Española, se sienten los ánimos movidos al respeto y á la simpatía por el que tantos méritos tiene y tantas glorias representa.

Pero como al conde de Cheste le gusta más presentarse en público es envuelto en su ropa blanca de caballero Calatravo, como fué al ministerio de la

Guerra en la noche célebre de la proclamación de D. Alfonso XII como rey de España.

Se ha unido en él en estos últimos años al romanticismo de su juventud el culro á lo caballeresco y tradicional, y el que peleó por la libertad en la aurora de su vida, parece hoy un representante del tradicionalismo.

Cuando la actual reina regente fué por primera



EL CONDE DE CHESTE

vez con su difunto esposo á veranear en el Real Sitio de la Granja, hizo una excursión á Segovia, visitando la catedral. A la puerta del histórico templo se adelantó á ella un anciano resplandeciente de cruces y bordados con la cabeza descubierta, é hincando en tierra con caballeresco ademán la rodilla, cogió la mano de la soberana y después de poner en ella los respetuosos labios, exclamó con solemne tono:

—¡Bien venidos sean mis reyes á la casa de mi Dios!

Aquel caballero era el conde de Cheste, y en su saludo iba expresado su pensamiento de católico fervoroso y de leal defensor de la dinastía que representaron doña Isabel II y su hijo D. Alfonso XII y representa hoy el joven D. Alfonso XIII.

En política sirvió al partido moderado, desempeñando bajo su mando el cargo de capitán general en varios departamentos militares, no siéndole muy propicia la fortuna. La sátira le fustigó más de una vez, y sus traducciones en verso castellano de la *Jerusalén libertada*, del *Orlando*, de la *Luisiada* y sobre todo de la *Divina Comedia*, han pagado, siendo duramente criticadas, sus violencias de capitán general perseguidor de los políticos liberales y de las ideas por ellos sustentadas y su afición á declarar en estado de guerra los departamentos en que ha ejercido mando.

En estos últimos años vive casi por completo aislado en su casa-palacio de la calle de Pizarro, de la que sólo ha salido alguna vez para ofrecer sus homenajes al rey, para presidir las solemnidades de la Academia Española ó para ir á dar fe de que vive, en alguna sesión importante del Senado,

Una vez al año se engalana su morada y visten blasonada librea de gala sus servidores: es el 28 de diciembre, en que sienta á su mesa espléndidamente servida á sus compañeros los académicos para observarlos con un yantar, en el que se observan costumbres patriarcales.

Aquel día el conde de Cheste se anima y rejuvenece, rimando como en sus mejores días y dando gallardas muestras de que no han extinguido los años la luz de su ingenio.

Su puesto de presidente de la Academia Española es el que prefiere á todos sus honores, y una vez que se habló de jubilarle estuvo á las puertas de la muerte. Hoy este peligro ha desaparecido por completo, y el ilustre veterano de las armas y de las letras será respetado en su sillón presidencial, que tanto estima, hasta que Dios disponga de sus días, poniendo fin á una existencia que no deja de estar llena de merecimientos y que está unida á la mayor parte de los acontecimientos notables que han ocurrido en España desde que terminó la guerra de la Independencia hasta nuestros días.

KASABAL.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

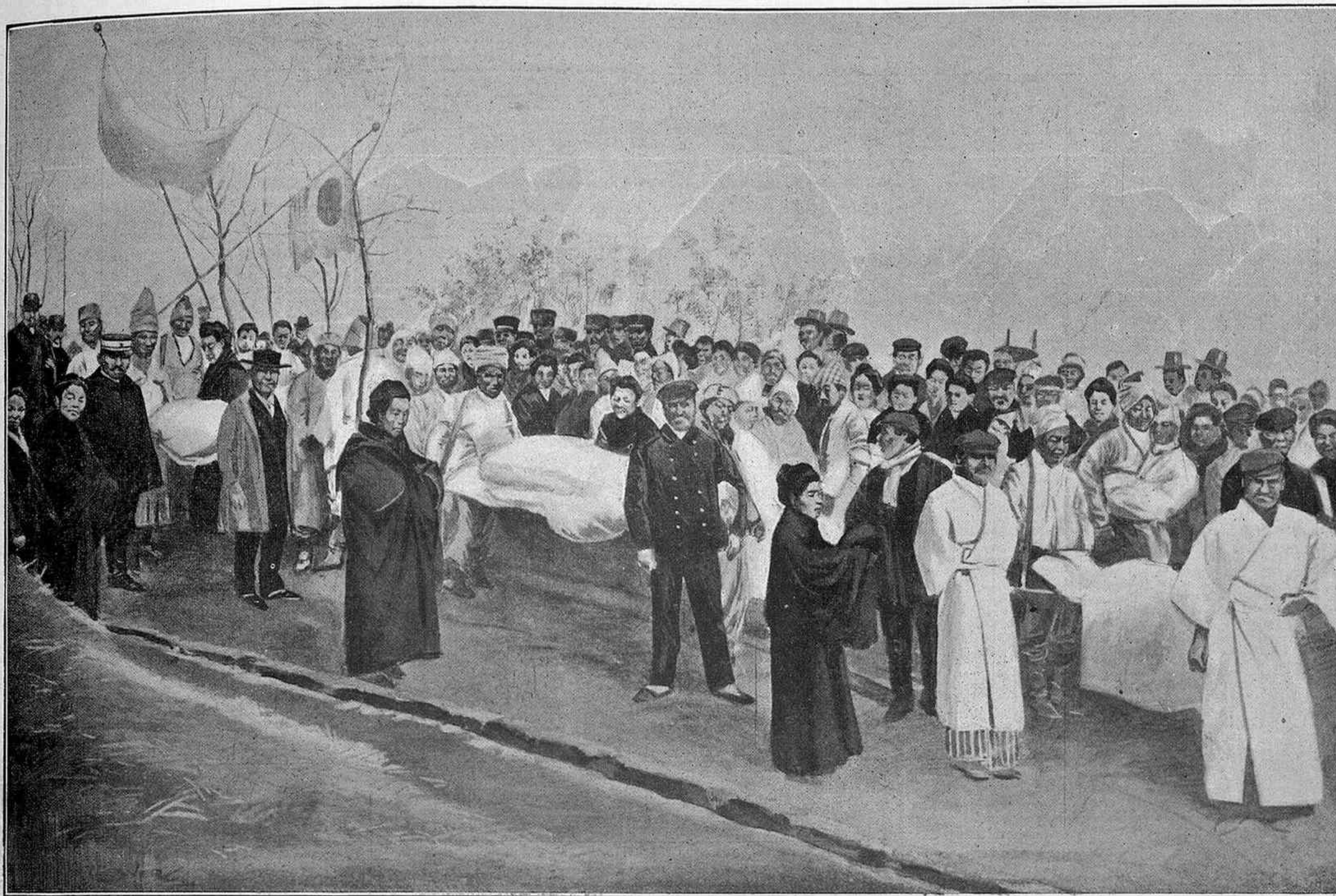
Es muy raro lo que de algún tiempo á esta parte ocurre con las noticias oficiales de la guerra de procedencia rusa. En el primer período de la lucha, los primeros partes que se recibían eran los que enviaban las autoridades militares rusas del Extremo Oriente, las cuales se apresuraban á telegrafiar al tsar y á su gobierno los sucesos, prósperos ó adversos, á las pocas horas de haber ocurrido, sin ocultar detalle alguno por desfavorable que fuese. Y el público, confiado en la veracidad de tales informes, á ellos se atenía exclusivamente y hacía poco caso de las noticias, siempre exageradas, que desde Tokio se comunicaban.

Ahora sucede todo lo contrario: los japoneses son los que, apenas terminado un hecho de armas, dan extensa cuenta del mismo, al paso que los rusos dejan transcurrir algunos días sin decir palabra, ni aun tratándose de acontecimientos de verdadera importancia. Tal sucedió después de la batalla de Vafangú, y tal sucede ahora con el combate naval que se libró el día 23 del pasado junio en aguas de Puerto Arthur y acerca del cual sólo conocemos el parte oficial del almirante Togo. Pero el mismo silencio del gobierno de San Petersburgo permite suponer que el relato del almirante japonés debe ser exacto, ya que de no ser así, no habría aquél dejado de desmentirlo; y autoriza esta suposición el hecho de que la censura rusa consienta la transmisión de telegramas en los que se habla de la profunda impresión que en Rusia ha producido este desastre.

¿A qué razones obedece esta reserva? No es fácil que nadie pueda explicársela, pues con ella se mantiene á la nación en un estado de incertidumbre y de alarma continuas, que no son los medios más convenientes para conservar la serenidad y el buen estado moral, tan necesarios á los pueblos que se encuentran en las circunstancias en que actualmente se halla el ruso.

Pero dejando á un lado estas consideraciones, relatemos el combate de que antes hablamos, tal como lo refiere el almirante japonés.

Sabedor éste, por sus buques vigías, que así se lo comunicaron por medio de la telegrafía sin hilos, de que la escuadra rusa salía de la rada de Puerto Arthur, reunió toda su flota y se dirigió allí, viendo entonces que aquella se componía de seis acorazados,



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Conducción de prisioneros heridos rusos que han de ser enviados al Japón. Dibujo de Ralph Cleaver, tomado de una fotografía

cinco cruceros y 14 contratorpederos. Los barcos rusos se detuvieron a poca distancia del canal, y suponiendo Togo que su propósito era lanzarse á alta mar y en dirección al Sur en cuanto anocheciera, hizo que también se detuvieran sus buques y se preparó para un ataque nocturno. Al cerrar la noche, una escuadrilla de torpederos japoneses atacó resueltamente al enemigo y consiguió echar á pique un acorazado, el *Peresviet*, según se cree, y poner fuera de combate otro acorazado y un crucero, que se supone sean el *Sebastopol* y el *Diana*. Las pérdidas de los japoneses fueron, según el parte oficial, insignificantes, reduciéndose á tres muertos y tres heridos y á ligeras averías sufridas por dos torpederos y un contratorpedero; sin embargo, noticias particulares aseguran que dos ó tres grandes buques salieron muy malparados de aquel combate.

Con el relato oficial de Togo, que hemos extractado, pueden reconstruirse de un modo bastante satisfactorio las distintas fases del combate. Cuando después de salir del puerto se hubo formado la escuadra rusa, dirigióse hacia el Sur en dos columnas. Hasta entonces sólo había sido vista por los torpederos enemigos. ¿Proponíase lanzarse á alta mar y por medio de una correría atrevida llegar á la rada de Vladivostok, dejando Puerto Arthur sin buques para el caso en que esta plaza caiga en poder de los japoneses?

Muy pronto, sin embargo, viéronse los buques rusos perseguidos por una parte de la flota japonesa, persecución que no les inquietó porque sus fuerzas eran superiores; pero cuando á cosa de las seis de la tarde observaron la presencia de otra escuadra enemiga que les acechaba y espiaba, hubieron de comprender que su tentativa había fracasado y retrocedieron en demanda otra vez del puerto, seguidos por toda la escuadra del almirante Togo. Desgraciadamente era la hora de la bajamar, y como durante ésta no hay en el canal de Puerto Arthur más que una profundidad de seis metros de agua y los acorazados rusos tienen un calado de ocho, el almirante ruso sólo pudo hacer entrar á sus pequeños cruceros, ordenando á sus acorazados que anclaran en la rada exterior bajo la protección de los fuertes.

Esta fué probablemente la causa del desastre, pues todos los torpederos y contratorpederos japoneses avanzaron silenciosamente hasta ponerse al alcance del enemigo, contra el cual dispararon sus torpedos, mientras el resto de su escuadra, ayudándose de los

reflectores eléctricos, lanzaba una lluvia de proyectiles sobre los barcos rusos.

Si el combate se libró en estas condiciones, es decir, tal como refiere en su parte oficial el almirante Togo, preciso es confesar que los rusos cometieron una gran torpeza permaneciendo inmóviles en la rada exterior en vez de pasar la noche cruzando, pues en todos tiempos se ha reconocido como muy peligrosa la inmovilidad de un buque en presencia del adversario.

Esto es todo cuanto por ahora se sabe acerca de una acción naval que, de ser ciertos los detalles mencionados, constituye un nuevo golpe rudísimo para la tan desgraciada escuadra de Puerto Arthur. Esperemos ahora á ver qué dirá el parte oficial ruso; pero de todos modos no podemos menos de consignar que la falta de noticias de San Petersburgo sobre esta operación de guerra se hace bastante sospechosa, siendo por unos considerada como una confirmación de la derrota sufrida y por otros como una prueba de que el parte del almirante Togo es, cuando menos, exagerado.

Respecto del asedio de esta plaza, las noticias á él referentes continúan siendo contradictorias. Ultimamente un corresponsal de un periódico norteamericano ha teleografiado desde Chefú que Puerto Arthur recibe continuamente víveres y que la población hace su vida normal, hasta el punto de que todos los días toca una música en el paseo, que se ve sumamente concurrido.

El almirante Skrydlof no se da punto de reposo en hostilizar á los japoneses con los elementos de que dispone en Vladivostok. Después del crucero, de cuyo feliz éxito dimos cuenta en la crónica anterior, dispuso la salida de una división de torpederos que, al mando del capitán Vinogradsky, se apoderó de varios buques mercantes y transportes que conducían pescado y arroz á Sasebo y á Simonosaki.

Los resultados conseguidos con estas correrías navales se consideran de mucha importancia, no sólo por lo que en sí son, sino por la influencia que pueden tener en el curso ulterior de la guerra. En efecto, desde el momento en que está comprometida la seguridad de las comunicaciones entre el Japón y Corea, el aprovisionamiento de las fuerzas japonesas será mucho más difícil que hasta ahora. Los tres ejércitos que operan en la Mandchuria y en el Liao-Tung comprenden un total de 240.000 hombres, y ¿qué sería de ellos el día en que no pudieran recibir con toda regularidad víveres y municiones? Se com-

prende, pues, la importancia de los servicios que puede prestar la escuadra de Vladivostok si la fortuna sigue favoreciéndole como hasta el presente la ha favorecido.

Los temores que inspiraba la suerte de la columna del general Stackelberg se han desvanecido por completo. Estas fuerzas, después de la derrota de Vafangú, han podido llegar felizmente á Kai-Ping sin que los japoneses hayan podido darles alcance. En Kai-Ping han sido revistadas por el general Kuropatkine, quien les arengó en términos calurosos, diciéndoles, entre otras cosas: «Pronto volveré á veros. Es preciso que antes de poco saldemos esta cuenta con los japoneses; si no lo hacemos, no podremos volver á nuestra patria.» Estas palabras produjeron en aquellas fuerzas indecible entusiasmo.

Los japoneses continúan de una manera lenta, pero no interrumpida, su movimiento de avance en la Mandchuria, ocupando las posiciones que van abandonando los rusos, los cuales han evacuado toda la península de Liao-Tung. Según parece, los ejércitos de los generales Kuroki y Okú se han reunido, y juntos marchan sobre la línea Kai-Ping y Hai-Tcheng: creíase que en ésta se libraría la gran batalla que desde hace tiempo se viene anunciando; pero la retirada de Kuropatkine demuestra que este general juzgaba que esta posición no es lo suficientemente ventajosa para aceptar un combate que ha de tener indudablemente gran trascendencia.

Aunque algunos censurarán tal vez esta decisión del general en jefe ruso, aplazando en presencia del enemigo la hora de lanzar sobre éste sus tropas, los críticos militares de San Petersburgo la aprueban, porque en su concepto Kai-Ping es un punto esencialmente desfavorable, ya que el ejército ruso allí situado tendría un flanco expuesto al general Kuroki y otro amenazado por un posible desembarco en In-Keú. Kuropatkine no quiere sacrificar inútilmente vidas humanas ni entablar una acción de tanta importancia como la que se espera, sin tener de su parte el mayor número de probabilidades de éxito. Ya lo dijo al partir para el teatro de la guerra: «Se necesita paciencia, mucha paciencia;» ténganla, pues, los impacientes y consideren que cuando ese general no quiere aceptar la lucha en las condiciones en que ahora debería entablarse, es porque entiende que así se lo impone la prudencia.

En estos momentos, en que las operaciones entran en una fase más activa, es interesante conocer cuáles



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Preparando el recibimiento de los japoneses.—Los rusos construyendo las obras de defensa de Puerto Arthur. Dibujo de F. J. Waugh, de un croquis del natural

Los rusos hace tiempo que saben que habrán de defender Puerto Arthur contra los japoneses; por esto han trabajado incesantemente en aumentar las fortificaciones de aquella plaza, empleando entre otros varios elementos de defensa las vallas de alambre con que han rodeado las obras de fortificación



GUERRA RUSO-JAPONESA.— Kuropatkin, general en jefe del ejército ruso en el Extremo Oriente. Dibujo de H. W. Koekkoek

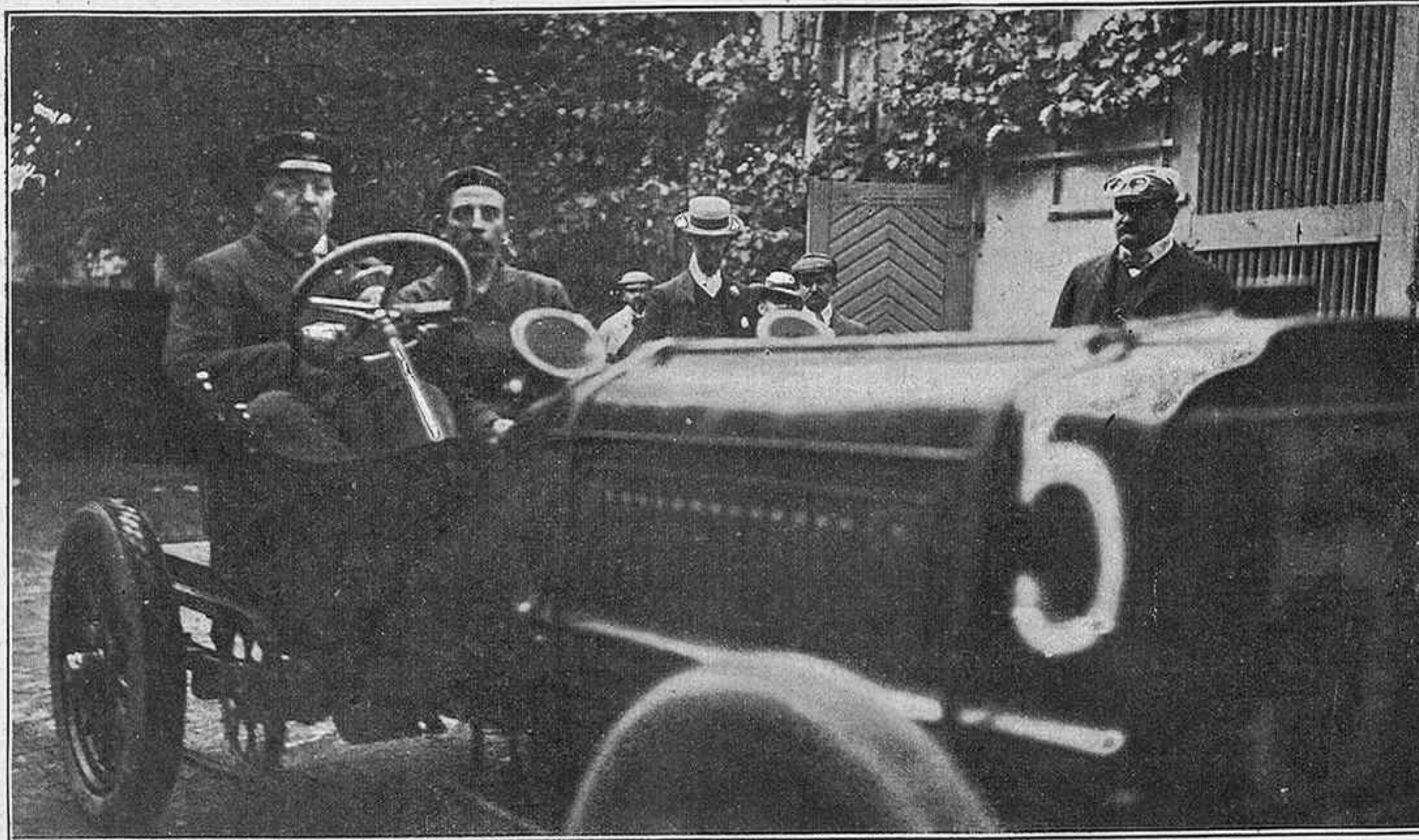
El general Kuropatkin fué nombrado general en jefe del ejército ruso en el Extremo Oriente en 19 de febrero último. Es el militar más distinguido y más inteligente de cuantos tiene Rusia y está educado en la escuela del famoso Skobelev; dícese que, como este gran general, ejerce un ascendiente absoluto sobre las tropas y posee un certero golpe de vista. Anteriormente había sido Director de Administración militar. El tsar, en una carta que le dirigió, ensalza la energía y la actividad con que reorganizó y perfeccionó el ejército.

ATENEAS
BIBLIOTECA
MADRID

pueden ser las fuerzas respectivas de ambos beligerantes. Según datos que parecen exactos, los rusos tienen en el teatro de la guerra todas las grandes unidades siberianas, que forman un total de nueve divisiones de tiradores, tres de reserva, varios cuerpos de caballería cosaca y dos brigadas que se tomaron de Europa en 1903. De estas fuerzas, dos divisiones están en Vladivostok y otras dos en Puerto Arthur. El general Kuropatkine dispone actualmente en la Mandchuria de 124 batallones, 346 piezas de artillería y 99 escuadrones, ó sea de un total de 145.000 combatientes. El general Kuroki tiene á sus órdenes 84 batallones, 369 piezas de artillería y 35 escuadrones, es decir, 115.000 combatientes, y añadiendo á este número las tropas destacadas del ejército sitiador de Puerto Arthur que sostuvieron la batalla de Vafangú, podrá reunir un contingente de 150.000 hombres. De suerte que ambos ejércitos están casi equilibrados, si bien hay que tener en cuenta que así como los japoneses han echado ya mano de la casi totalidad de sus medios de acción, los rusos disponen aún de inmensos recursos, habiendo dado ya orden el gobierno de San Petersburgo de movilizar dos divisiones de caballería y tres cuerpos de ejército, lo cual constituirá para Kuropatkine un primer refuerzo de 100.000 hombres y 300 cañones. Cierto que habrá de transcurrir algún tiempo antes de que todas estas tropas hayan sido transportadas al teatro de la guerra, pero no ha de perderse de vista que desde la ruptura de las hostilidades los rusos han mejorado notablemente su línea

NUESTROS GRABADOS

Carrera de automóviles.—La copa Gordón-Bennet.—Todos los años despierta interés grandísimo en los



CARRERA DE AUTOMÓVILES. — La copa Gordón-Bennet. — El vencedor Thery. (De fotografía de León Bouet, de París.)

círculos deportistas la carrera que se verifica para conquistar la llamada Copa Gordón-Bennet, cuya posesión se considera como el símbolo de la supremacía industrial en materia de automóviles, y asegura á la nación victoriosa el mercado universal. Este año, la lucha revestía aún mayor importancia, porque los franceses tenían especial empeño en reconquistar dicha copa, que se hallaba en poder de los alemanes desde el año pasado. Doce fueron los competidores; pero desde los primeros momentos la lucha quedó circunscrita entre Jenatzy, alemán, el vencedor de 1903, y el francés Thery. En la primera vuelta Jenatzy iba delante, y le seguía Thery con un intervalo de un segundo; en la segunda, el francés se adelantó á su rival, conservando esta ventaja hasta el final de la carrera. El resultado fué que Thery llegó el primero, habiendo recorrido los 528 kilómetros del trayecto total en 5 horas, 50 minutos y 3 segundos, lo que da un promedio de 88 kilómetros y 40 metros por hora; Jenatzy fué el

Bisson.—Pertenece este lienzo á la categoría de los que sin dejar suspenso el ánimo de los que lo contemplan, producen en ellos impresión gratísima, prueba evidente de que el pintor ha sabido llegar con su obra hasta las fibras que al ser heridas despiertan lo que con razón se ha llamado emoción estética. Mirando esta pintura, no vuela el pensamiento hacia las elevadas regiones del ideal, ni se siente conturbado por el recuerdo de los grandes problemas que á la moderna sociedad agitan; pero en cambio los ojos se recrean y el corazón se deleita con la encantadora armonía de líneas y de colores que el artista ha logrado dar á su composición. La figura de esa hermosa dama nos cautiva; la expresión de su cara nos interesa; y en su traje, en su tocado, en su actitud, se revelan el talento y el arte exquisitos del autor, que con tan pocos elementos ha sabido producir uno de esos cuadros que no se olvidan fácilmente.

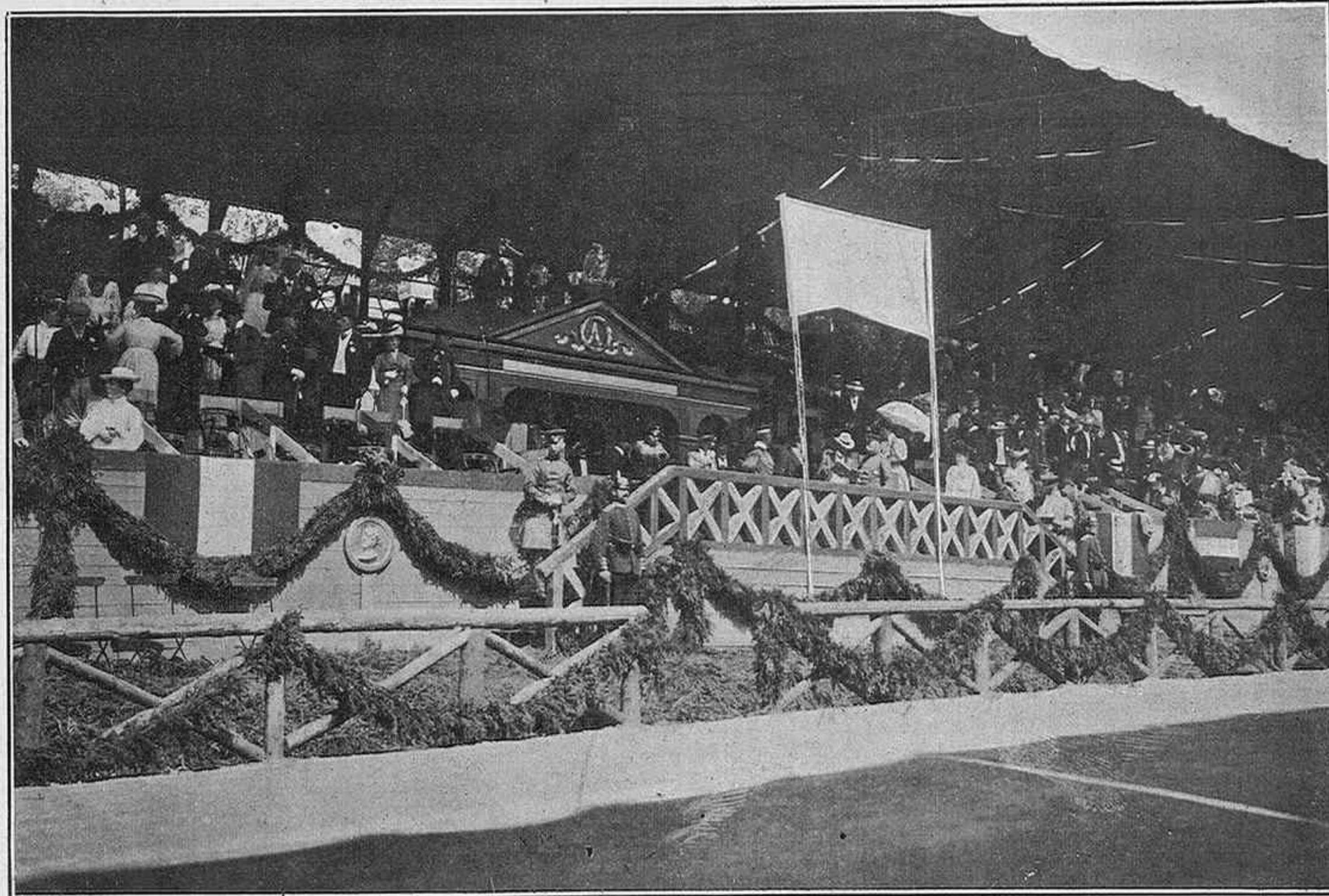
Salida de Gil Blas de Oviedo, cuadro de José Moreno Carbonero.—Al reproducir en este número otra de las producciones del distinguido pintor y escultor amigo Sr. Moreno Carbonero, hemos de referirnos á los juicios y consideraciones que acerca del artista y de sus obras hemos consignado anteriormente. El lienzo que motiva

estos renglones forma parte de la interesantísima serie de producciones inspiradas en nuestra clásica literatura, que con tanta inteligencia ha interpretado, reportándole justa y merecida notoriedad. La salida de Gil Blas de Oviedo hallase á igual altura que los demás temas de la misma obra, que ya conocen nuestros lectores. En éste, como en los demás, revélase el artista, vese su temperamento y pueden apreciarse sus envidiables dotes, puesto que la cultura de su espíritu avalora su habilidad como pintor.

Espectáculos.—París.—Se ha estrenado con buen éxito en el Ambigu *Les cambrioleurs de Paris*, melodrama en cinco actos y ocho cuadros de Enrique Keroul y Gardel Hervé, con música de Carlos Thony.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *María Victoria*, comedia en tres actos de D. Manuel Linares-Rivas Astray; y en el Eldorado *El secreto de Polichinela*, comedia en tres actos de Pedro Wolf, traducida del francés por D. Enrique G. Velloso.

Necrología.—Han fallecido: Carlos Cristián Andreae, pintor alemán. Hermán Rollet, poeta austriaco. Alejandro Williamson, químico inglés, profesor del University College de Londres. Dr. Luis Federico Knapp, notable químico alemán. Enrique Schaeffels, celebrado pintor belga.



CARRERA DE AUTOMÓVILES. — La copa Gordón-Bennet. — El emperador presenciando la carrera desde su tribuna (De fotografía de León Bouet, de París.)

de transporte, construyendo nuevos desvíos, estableciendo nuevas alimentaciones de agua, aumentando sus provisiones de combustible y reforzando su material móvil. Gracias á estas medidas, el número de trenes en movimiento en ambas direcciones, que en febrero era sólo de 10 en el trayecto anterior al lago Baikal y de 4 en el posterior, ha podido elevarse á 11 y 9 respectivamente y aún aumentará antes de poco, lo cual prueba la tenacidad extremada y la voluntad firme del gobierno ruso. Es, pues, de esperar que el transporte de los indicados refuerzos se verificará más rápidamente de lo que se ha realizado la concentración de las tropas siberianas.—R.

segundo y empleó en la carrera 6 horas, 1 minuto y 28 segundos. El automóvil que montaba el vencedor es de la casa francesa de Ricardo Brasier, con neumáticos Michelin y suspensión Peugeot, ingenioso invento que amortigua los choques y aumenta la ligereza de la marcha y la producción del motor. El emperador de Alemania quiso honrar con su asistencia la carrera, y acompañado de la emperatriz presenció toda la lucha desde una tribuna levantada cerca de Saalburg, en el punto de partida y de llegada de los carreristas. Terminada aquélla, felicitó al Sr. Brasier, constructor del automóvil vencedor y á quien, por encargo suyo, entregó el príncipe de Hesse, gran maestro de la Orden del Águila Negra, su retrato con la siguiente dedicatoria: «Al gran ingeniero francés Brasier, en recuerdo de su victoria de 17 de junio de 1904. — Guillermo II.»

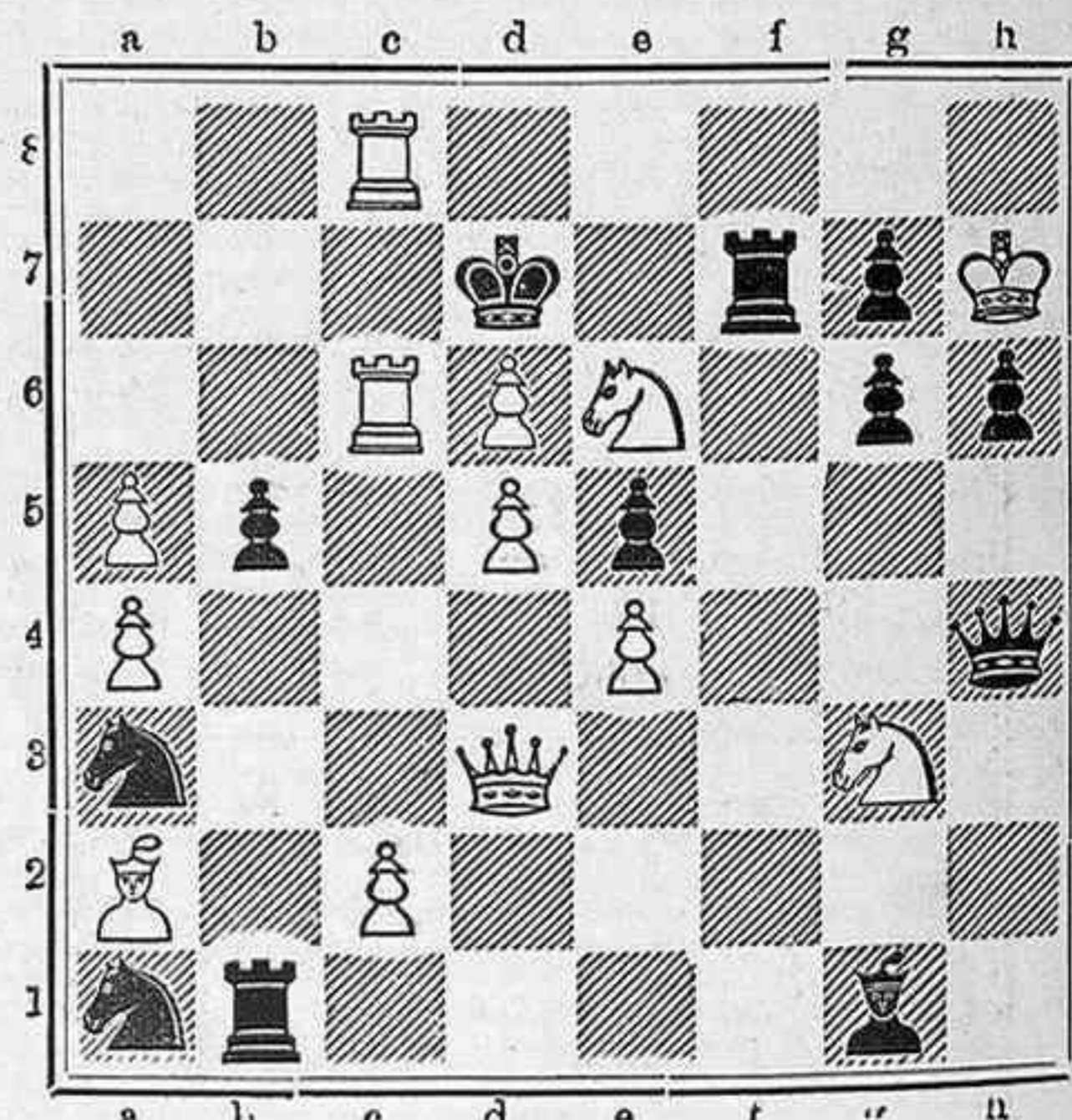
A punto de partir, cuadro de Federico Vallet-

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^{is} Italiens, Paris.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 372, POR J. G. CAMPBELL.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (13 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 371, POR S. GOLD.

- Blancas. 1. Rd4-e3
- Negras. 2. Cualquiera.
- 3. Re3-e2 ó D mate.



MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE C. M.^a OCANTOS

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Esta mañana estaba Sebastiana aquí, en el de San Carlos, en el mercado... La *niña* Jeromita acostumbra comprar en la puerta á los ambulantes la carne y la verdura, porque á desconfiada... ¡La gringa me cuenta unas cosas! Pues estaba la gringa con una canasta muy grande, que sólo ella puede llevar, y en este puesto me compró tres perdices de las primeras, y que cuestan un ojo de la cara, en este otro un lechón y morcillas... ¡Qué sé yo; si la canasta se salía de repleta! Yo le dije: «Ché, Sebastiana, ¿están de fiesta en tu casa? ¿Hay banquete?..» La gringa es muy mal hablada y me largó un ajo lo mismo que un carretero. «Lo que hay en mi casa es un convidado de piedra que debe de tener la tripa rota, según traga el maldito; ya nos ha caído que hacer; es el *alquilino* de la señora.» *Asina* me contestó, y yo pienso que eso de llamarle *de piedra* será porque parece un niño de los altares, tan sonrosado y hermoso que da gloria... También lo he visto yo, y como todo *me se olvida* no he dicho nada, pero bien que lo tenía en la punta de la lengua...

¡Ah, también comía en la casa! ¡Oh! El viento de la murmuración redobló su furia; las lenguas, como los badajos de campanas echadas á vuelo, se agitaron desordenadas, y poderosa artillería é irresistible, en un instante pusieron por los suelos la fama de las de Pérez Orza, que si fuera almenado castillo se derumbara también al empuje de armas tan mortíferas y de tan intrépidas amazonas. Como queda en el oído el rumor de la tempestad al alejarse, y despejado el cémit, el nubarrón que huye va descargando truenos más y más débiles, luego que desfilaron las tertulianas de las Cadenas, en el zaguán y bajo las ventanas aún se escuchaba el murmullo de sus voces, el repique de sus malas lenguas, y dentro de la sala el eco de la charla venenosa.

Misia Elvira volvió á su maniquí, silenciosamente; y prendiendo ella alfileres en el corpiño y cosiendo Dolorcitas, pasaron buen espacio sin que chistaran, guardando una y otra, piadosamente, sus reflexiones amargas por vergüenza de sí mismas, por lástima de Jorgito. Una vez se encontraron sus ojos, y comprendiéndose, la viuda, con súbito enojo, apartó el maniquí, que desmayado quedó sobre el sofá, y vino hacia la hija, moviendo la cabeza:

—¿Qué te parece, Dolores?
—Mamá, ¿qué te parece?, dijo la chica en el mismo tono.
—Hay que prevenir á Jorgito.
—Sí, hay que prevenir á Jorgito.
—Afortunadamente, no tiene con ella compromiso.
—No, no tiene compromiso.
—¿Jorgito ha vuelto?
—Ya habría parecido por aquí.
—¡Claro! Como no sea día de visita de su Leona, viene á las tantas,

Con los dedos, ágilmente, trazó en el aire las letras...

Decidieron esperar á Jorgito. Le esperaron mucho tiempo sin hacer cosa alguna, atentas al runrún de las hablillas que les zumbaba en los oídos, presente en la imaginación y sugestionándolas aquel personaje extraordinario que estaba á mesa y mantel con las de Pérez Orza, intimidad sospechosa, cohabitación vituperable en todos sentidos, aunque en el fondo fuera inocente. María Rosa lo dijo, con lengüetazo cruel: que no había necesidad de quebrarse los cascos para descifrar el enigma; caballero tan galán iba atraído á casa de las de Pérez Orza... ¿Por quién? ¿Por la vieja?.. Era indispensable prevenir á Jorgito. Y esperaron á Jorgito mucho tiempo. Cuando el timbre del tranvía sonó en medio del silencio nocturno, delante de la casa, las dos saltaron de sus asientos; y misia Elvira, apenas descorrió Agueda el cerrojo de la cancela de hierro, se abalanzó al joven, que entraba, le cogió de una muñeca, y tirando de él, le llevó á la sala, diciéndole con premioso acento:

—Ven acá, pánfilo; ven acá, infelizote, que mientras te estás de lectura ó te paseas por las nubes buscando consonantes, no falta quien te ponga en ridículo y te escarnezca ante el mundo entero. No lo sabes, ¿verdad? Bobo, estúpido...

—¡Ah, *tilingo*, Juan Lanás, alcornoque!, exclamó Dolorcitas sacudiendo el brazo libre del asustado mancebo.

—Pero ¿qué hay, qué?.., acertó él á mascullar.

—¿Qué hay?, ¿qué?, repitió la viuda con visajes de burla; ¿qué? Sí, grandísimo zonzó, prepárate á abrir la boca, á desmayarte... Dolores, hija, pídele un poco de vinagre á Agueda... ¿Qué hay? Que mientras su señoría ladra á la luna, la señorita Leona se ha metido á vivir con un galancete de veinte años; aquí, en las propias narices nuestras. Toma, y chúpate el dedo.

—¡Mamá!
—¡No hay mamá que valga! Nos lo acaban de decir las tres Marías...

—¡Las tres Marías son unas deslenguadas!

—Y la médica inglesa, y Lili y Emma. Pregúntaselo á Agueda, que ha sorprendido á Sebastiana comprando perdices para el que ellas disfrazan con el nombre de inquilino, como si quisieran tapar el cielo con un harnero. Sí, hijo, un galán, que según el parecer de todas estas amigas, es de *primo cartel*... ¡Toma, toma! ¡Ay, quién lo pensara! Te digo que las Pérez Orza nos han pasado el bizcocho... ¡Qué finas, qué lagartas!

Le dejaron libre, y Jorgito se desprendió el gabán

claro de entretiempos, se echó á la nuca el sombrero, se atusó las patillitas rubias; atolondrado por el chaparrón de insultos y la noticia, no sabía por qué registro salir: únicamente la confianza en la inocencia de Leona brillaba, iluminando la confusión de las ideas, como estrella que asoma en noche lóbrega, y se atrevió á exponerla á las iras de la mamá y de la hermana:

—Sospecho que en todo esto existe un *mal entendido*; ¡Leona no es capaz, creo en la inocencia de Leona!

—Creo en Dios padre..., dijo misia Elvira con risa forzada. Cállate, infeliz, que si tú tienes buenas tragaderas, por aquí no pasa nada. ¡Si está instalado el buen mozo desde ayer, en la pieza grande! Y la prueba del pecado salta á los ojos: hace días que ni Jeromita ni Leona vienen á casa, ¿por qué? Pues por temor de un careo: ¿Has visto tú tampoco á Leona? ¿Por qué se encierra? ¿Por qué huye? ¡Sólo huyen los criminales!

¡Leona culpable! Jorgito rechazaba esta idea, á pesar de los cargos abrumadores. Y como dos avispas, la madre y la hermana, le picaron furiosas; después de lo ocurrido, y comprobado por todo el barrio que en casa de las Pérez Orza vivía un hombre, que no era ni hijo, ni hermano de ninguna de ellas, aunque alegar pudiera otro parentesco, hubiese ó dejara de haber sombra de trapicheo en el asunto, y estuviera Pantaleona más limpia que una patena, no lo estaba de sospechas, y en consecuencia, el rompimiento se imponía, pero en seguida, calentito, sin más trámite que el de la notificación fulminante. Para que no se escudara en el nombre honrado de Cadenas, y á su abrigo pretendiera parar los golpes de la crítica social; para que no las arrastrara en su caída vergonzosa y les cubriera á todos de porquería... ¡Ah! Con razón, en los albores de sus relaciones, la viuda se opuso á ellas: el estado civil de Pantaleona Pérez Orza ofrecía obscuridades donde la lógica, obrero que en profunda mina cava y cava sin resultado, no sacaba dato que satisficiera, ni conjetura; ¿era hija de D. Jesús?, legítima no, porque no le heredó. ¿Natural?, ¿por qué renunciaba á la parte de herencia que le correspondía si llegaba á probarlo? Y dando de barato la filiación natural, ¿quién era su madre? ¿Dama, criada, mujerzuela, qué? Injerto, al cabo, la tal Leoncita, sabe Dios de qué árbol podrido, su alianza no valía ninguna ganga para la familia honorable de Cadenas, que por el entronque de una Prisco, misia Estanisladita, con un Sangil, D. Pepe, go-

zaba del parentesco de los acaudalados Sangiles. ¡Pues bueno se pondría D. Pepe, su padrino, el protector á quien debía el empleo de Relaciones, cuando se enterase de la turbia aventura en que se mezclaba el nombre de su futura sobrina! Misia Elvira y Dolorcitas no querían ni pensarlo... Aquel suceso, confirmando los pronósticos y reforzando los argumentos expuestos, venía á punto para desatar un lazo que, felizmente, no estaba del todo anudado.

Algo más repuesto, Jorgito contestó:

—¡Lo pensaré..., digo, lo haré, lo haré después de averiguar la verdad..., *sapristi!* Eso de condenar sin oír al reo, al supuesto reo... No sean ustedes tan crueles. Eso de Leona se me antoja un disparate, una calumnia...

—¡Zonzo, babieca, adiós!, exclamó la madre, amenazándole con las uñas.

—¡Adiós, poeta!, le saludó la hermana, regalándole un pellizco.

Y se marcharon ambas, dejándole que se encerrara en su despacho y en los brazos amorosos de Polimnia, la lírica, buscarse el consuelo del mal rato que le habían propinado. Parece que los espíritus superiores, devotos de las modernas escuelas filosóficas y literarias, en cuyas ondas se bañan á diario y se recrean, como en un lago de aguas milagrosas, adquiriesen fortaleza diamantina para resistir la prueba del dolor; y ó no sienten el que les hiere, por haberseles vuelto guijarro el corazón, ó no confiesan lo que sufren, por orgullo de sectarios... Jorgito encendió un cigarro, y sentándose en el sillón de la mesa, pronto el recado de escribir y apercebida la pluma, clavó los ojos en el techo. Era su manera de invocar á la musa; y para expresar el amargo sentimiento que debía de embargarle, en el almacén de sus recuerdos poéticos escarbaba, ansioso, á caza de la palabra rara, estrambótica, nunca oída, de la cuenta de cristal que en la estrofa había de substituir á la lágrima sincera; porque los espíritus superiores de la decadencia ni aman ni lloran en la forma cursi que los que no calzan tantos puntos de grandeza soberana. Batió la musa sus alas, dió el pie con la palabra deseada, y Jorgito escribió este epigrafe: *La duda*, y debajo el primer verso: *Al Styrión las cancerberas testas...*

Retorciendo conceptos, y en la búsqueda de aquellas palabrejas que mejor ocultaran el pensamiento y lastimasen el oído, entretúvose hasta la media noche, y llegó á ennegrecer dos páginas, las cuales contenían, á su juicio, la hiel toda de la duda que la brutal franqueza de su madre derramó en su pecho enamorado.

Fuése luego á acostar y durmió tranquilo, sin que celos ni dudas le desvelasen; y cuando á la mañana siguiente, los pájaros alegres, esos poetas del aire que no esclavizan su inspiración y á las leyes de escuela alguna prestan acatamiento, rompieron á gorgear, y el sol bañó el patio y entró la pequeña Evangelina con la taza de chocolate, el joven, ya vestido, recitaba los versos de la víspera: *Al Styrión las cancerberas testas...*

¿Qué sería, en suma, el lío monumental armado por la madre, la hermana y aquellas preciosas Marías, los monísimos viboreznos del barrio, descendientes directos de la serpiente abuela del Paraíso, la que debió de tener, como ellas, la piel suave, los ojos mansos, la boca risueña, la lengua afilada y los dientecitos agudos?... ¿Qué sería, al cabo, sino un atajo de necias mentiras, ó una verdad desfigurada y contrahecha? Si tal inquilino existía, ¿á qué atribuirle el papel de galancete y colgarle á la otra un sambenito inmerecido? No que le pareciera bien á Jorgito el hecho que había soliviantado al barrio, pero ¿quién se mete á juez en la casa ajena? Probablemente, después de tanta alharaca, iba á resultar el galán convertido en un vejancón inválido, amigo y acaso pariente de D. Jesús, si no en el mismo Monreal en persona!

Tal pensaba Jorgito, mientras zabullía bizcotelas en el chocolate, abiertas las puertas de la alcoba y cara al patio, por donde acertó á pasar misia Elvira en chambra aún y pantuflos, ocupada en la matutina faena de *picanear*, como ella decía, á las criadas, ó sea meterlas prisa y azuzar la paraguaya pachorra. Detúvose la señora y muy bajo le enjaretó este parafito:

—He encargado á Agueda que le sonsaque á Sebastiana cuanto pueda acerca del Fulano, con mucha habilidad: quién es, cómo se llama y cuántos años tiene... Y para convencerme del todo, que apenas una línea me falta, esta tarde me planto en el observatorio de las tres Marías, y hasta no conocerle no paro; además, Dolorcitas irá á hablar con la misma Leona, que entre muchachas hay confianza, y aunque no soy tan boba que crea va á confesarle la verdad, algo se sacará en limpio, y según sea ello, la relación quedará cortada para siempre... ¡Tú, por supuesto,

tan fresco! Habrás compuesto tus versitos, y no pensarás sino en que te los publiquen... ¡Qué sangre de pato, señor! ¡Ay! Que si estuviera en tu pellejo, las Pérez Orza no se burlaban de mí: ¡de un par de bofetadas había mandado ya al intruso á alquilar piezas en otra parte!

—Mamá, ¿y si fuera un viejo el dichoso inquilino?

—Eso lo sabremos hoy mismo... No han de tener cataratas en los ojos cuantos afirman que es joven, rubio y bien parecido.

Pusieron punto al coloquio, y Jorgito, muy preocupado ya, salió al patio, y bajo el alero del corredor, mientras paseaba con el cigarrillo en los labios, dejaba tomar cuerpo á estas ideas desagradables:

—El asunto me parece más grave que anoche. ¡Buen papelón hago yo si el inquilino nos sale tal cual le pintan! Nada, que el carpetazo se impone ó no tengo vergüenza. ¿Querré yo de veras á Leona? Porque más me duele la ofensa que la pérdida de su amor, lo confieso... ¡Ah, Leona, Leoncita de mil demonios! ¿Qué significa eso de admitir inquilinos en tu casa, y así, de buenas á primeras?... ¿Por necesidad? Entonces, ¿y la pensión?... ¡Ay, Leoncita de mi vida!, culpable ó no, te vas á llevar el *bolsazo* del siglo. ¿Conque inquilinos á mí, buenos mozos y de *primo cartello*? Aguarda, que pronto te mandaré el desahucio. Mamá tiene razón; hay que romper; lo exigen las consideraciones sociales, el qué dirán, el amor propio... ¡Yo, que me había acostumbrado á verla y á darla bromas sobre los lunaritos de la nuca, el *fresal* que yo le llamaba! Vamos, que no me esperaba esto, y maldigo de la estúpida idea de acoger inquilinos que á misia Jeromita le ha entrado. Estoy que no sé por dónde salir: si lo aguanto, el ridículo me cae encima; si protesto, la pierdo. Asunto grave, gravísimo...

En la cocina daba voces misia Elvira porque encontró las cacerolas llenas de pringue, un vaso roto, los paños sin lavar, abierta la fresquera y con un enjambre de moscas dentro, y todo en el más lamentable desorden del mundo. ¡Si á Agueda se le caía el alma y su cachaza sacaba de quicio á la paciencia misma! ¡Qué mastuerzo de mujer! ¡Qué zafia, qué marrana! ¿Y la otra, la pequeña Evangelina, la china descocada? Acababa de sorprenderla con los dedos untados de nata. ¡Ah, ladrona! ¡Ah, puerca! ¿Han visto ustedes? ¡Meter la mano en el jarro de la leche! ¡Ni que la mataran de hambre! ¡Golosa!... Algunas gallinas, muy huecas, guiadas por el orondo gallo, escarbaban con desenfado en los arriates, y el morrongo, sobre el brocal del aljibe, se lavaba gravemente la cara, señal segura, al decir de Evangelina, que por huir del nublado escapó hacia la huerta, de que vendrían visitas. Entre los árboles se despepitaban charlando los atrevidos *chingolos* y los jilgueros, y allá en la sala sonaba la *Singer* galopando sobre la tela de alepín, haciendo curvas y rectas bajo la habilísima dirección de Dolorcitas, que hasta dos veces levantó la cabeza y dirigió á su hermano una mueca expresiva:

—¡Que te la pegan, hermanito, que te la están pegando!

El joven, aburrido, se echó á la calle con esta intención: «Si está en la ventana, la hablaré; también puedo descubrir al prójimo. De todos modos, pescaré algún dato: ¡pecho al agua!» Hasta la esquina de Pérez Orza anduvo con las manos en los bolsillos, pensando que seguramente la hallaría en la ventana, porque á esa hora acostumbraba á aviar la sala ella misma, como buena mujercita hacendosa, y sin temor de que la vieran con la escoba ó el plumero; envuelta la cabeza á la moda vascongada, barria y fregoteaba, sacudía los limpiabarros en el balconcito y se mostraba al público doncella perfecta, la que luego hacía de señorita á maravilla. Jorge sabía también que lavaba y planchaba, y de guisar entendía mejor que el practico más sabio. ¿Cómo, con tan bellas disposiciones, daba que hablar al barrio, la que respetada fué siempre de la malicia? Porque, generalmente, no se ensaña ésta con la mujer casera, á quien poco importa tizne de más ó de menos en horas de labor, y á la coquetería no da otro espacio que el exigido por la pulcritud y la buena crianza... Cerradas aparecieron las dos ventanas, y el joven desandó el breve camino, más preocupado que antes: ancha y larguísima, la calle del hermoso arrabal bonaerense extendíase entre las dos aceras, bordeadas de árboles diversos, casi solitaria, y sólo el tropel de lecheros á caballo, de robustos vascos de boina y *chiripá*, singular maridaje de indumentaria, cómoda transacción de costumbres regionales, interrumpía el concierto de los pájaros en los jardines con el golpear de los cascos, el batir del líquido dentro de los tarros enormes, bruñidos como la plata, y la monótona canturía; ó el cascabeleo de los tranvías que bajaban repletos á la ciudad, fábrica gigantesca donde el Trabajo impera,

y á cuya cita parecen todos correr, animosos. Pasaban rápidamente, y el silencio campestre renacía; tras de las verjas, que el rocío esmaltaba y lucían al sol con chispeo de diamantes, oíase vago rumor de insectos y alegres risas de niños; entre la arboleda, las casitas rústicas, los castillejos feudales de imitación, las *villas* caprichosas, abrían de par en par sus persianas y celosías al aire salutarífico de la mañana, y en tanto la calzada blanca dormitaba en paz, larga larguísima, dominada por la cúpula plomiza de San José de Flores, reina y señora del contorno...

Volvióse Jorgito, y hacia la esquina de Pérez Orza de nuevo dirigió sus pasos: en el jardín de Blümen vió á Emma, la institutriz, con dos serafines de luegos cabellos rubios, persiguiendo á las mariposas, y á la *Escopeta* en el suyo, un ojo sobre el libro, que aparentaba leer, y el otro en la calle: mas, no bien llegó al callejón, descubrió la linda cabecita de María Rosa figoneando por la tapia, y las otras dos, que ya se ocultaban, ya aparecían, para desaparecer las tres de golpe y asomar después una á una tímidamente. Al mismo tiempo, en el hueco de la ventana abierta de Pérez Orza, se mostraron dos brazos vestidos de blanco y dos manecitas morenas, que sostenían el conocido ruedo de moqueta con el rey moro sobre el camello color de café con leche, al que sacudieron el polvo de lo lindo; pero la dueña de aquellos brazos no daba la cara á la curiosidad callejera, y Jorgito avanzó hasta encontrarla resguardada por la persiana, tan desmejorada que no le pareció la Leona alegre de otros días.

Con los dedos, ágilmente, trazó en el aire las letras que constituían esta pregunta:

—¿Es cierto que?..

La muchacha quiso contestar en el mismo lenguaje, pero no movió un solo dedo: inclinó la cabeza manifestando que sí.

—¿Es cierto que?.., insistió la mano de Jorgito.

—Sí, respondió la abrumada cabeza de Pantaleona.

Y los brazos vestidos de blanco recogieron al rey moro, corriendo la persiana en las mismas narices del chico de Cadenas.

IV

—Ya se han marchado, anunció Sebastiana entrando gozosa en la alcoba de Pantaleona, el príncipe delante y ella después; salga usted, niña, de este encierro y venga á tomar el aire mientras yo la preparo el almuerzo. ¡Santa madona! Se está usted poniendo más flaca que un perro, y si tiene pensado no salir del cuarto ni sentarse á la mesa en tanto ese jilguero vive en la casa, se irá usted al cementerio en tren expreso, ¡hay *alquilino* para rato! Venga usted, niña, salga usted...

—¡Ah, Bastiana!, suspiró la muchacha, ni á la ventana ni al jardín puedo asomarme, porque me acechan Emma enfrente, la *Escopeta* en la esquina, las Marías al lado. Tú misma me cuentas que el barrio hierva en chimes y comentarios, que te asedian en el mercado á preguntas y anda mi nombre rodando por el suelo. Vergüenza me da que me vean... ¡Hasta ellas, las Cadenas, deben de dudar de mí! Jorgito me sorprendió anteayer en la ventana y me preguntó si era cierto lo del inquilino. ¿Qué había de responderle? Luego me mandó con Evangelina estos versos, que yo no entiendo, pero cuyo título basta para explicar la intención: *La duda*... Esto quiere decir que él duda también. ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¿Qué va á ser de mí? Porque ni Jeromita cederá, ni yo tampoco, eso no; y en la lucha llevaré la peor parte. Nepomuceno, él con no venir y yo con no ir á verle, porque Jerónima te ha prohibido que me acompañes, maldito lo que el pobre puede ayudarme. Ya conoces la carta que me ha escrito, aconsejándome que aguante *en nombre de sagrados deberes*... ¡Dame algún consejo, Bastiana de mi vida!

—¿Qué mejor consejo que el de salir á tomar el aire, ahora que no hay moros en la casa? Usted dispense, pero la señora, ¡*sacramento!*, no se porta como una señora... ¡Caramba!.. Pues lo primero es salir, por lo menos hasta que ellos vuelvan, y mascar alguna cosita. Entretanto discurrirémos un medio... Diga usted, ¿y si yo le aburriera quemando todos los guisos y echando en las salsas ciertos polvos que yo me sé y le tuviéramos de cólico todas las noches?

—¡Jesús! Te ponía en seguida Jerónima de patitas en la calle.

—O le rompiera el espejo donde se pasa mirando el bigote todo el día, ó el estuche de sus navajas, ó...

—¡Ay, Bastiana! Si no se te ocurre otra cosa...

—¡*Sacramento!* Lo mejor será darle un guantazo. ¡Le parto yo por la mitad como á un muñeco, con estas manos!.. Porque le tengo sentado en la boca del estómago; la hace á usted sufrir y á mí trabajar más que á una negra: que los tallarines para *sua eccē-*

llenza, y los raviolitos, y hoy *polenta* y mañana *gnocchetti*, y mucho queso parmesano... Traga como un buchi, y se bebe dos botellas por comida de *Chianti* especial, pues no quiere *carlón*. ¡Ah, si me dejara yo llevar de mi genio!..

Callaba la joven, y la mujerona se atrevió á cogerla de la mano:

—Vamos, niña, afuera, que la grasa se estará pasando. Para los criminales se ha hecho la cárcel.

Delante de la cocina, donde ardía la hornilla y chirriando estaba la manteca en la sartén, sentóse Leona rodeada de *Diamela* y los dos gatos, que la festejaban con arrumacos graciosos, y prestó grande atención á la obra de Sebastiana. Desde aquella mañana del escándalo que no se sentaba así, libremente, en el jardincito: reclusa voluntaria, por no tropezarse con la hermana, á quien no hablaba, ó con el otro, transcurría el día sin que saliera de su alcoba; comía después que ellos habían concluído, y oía su alegre charla de sobremesa en el comedor vecino; veíales pasar ante su puerta, misia Jeromita indiferente, él entre curioso y desconfiado: apenas tocaba á los platos, dejándose consumir de tristeza, de cólera impotente, de sofocada desesperación. Ocho días iban corridos de esta manera, ella encerrada y ellos como si estuvieran solos en la casa, ó no existieran Leonas en el mundo; ansiosa ella de saltarle á la cara y desfigurarle á arañazos cada vez que cerca de su jaula se pavoneaba, tan relamido y acicalado, ó recibía de la hermana una chinita de estas: «Cuidado, señor Lucca, que puede morderle á usted...» ¡Lo que llevaba pensado, urdido, desechado, imaginado Pantaleona en estos ocho días, convencida de la absoluta nulidad de los medios que la ofrecía su situación de mujer, y de mujer desvalida! Había asistido, en apariencia impasible, á la transformación de la pieza grande en dormitorio digno de un rey, según el juicio de Sebastiana, y á la pacífica instalación del extranjero un día que misia Jeromita se puso de tiros largos con la falda negra de moaré, la mantilla de Semana Santa y unos pendientes de perlas pocas veces sacados á relucir del estuche viejo donde los guardaba; nunca pudo averiguar Pantaleona el motivo de vestir tan ceremonioso, y cuando la vió volver en coche, traía al lado á Fortunato Lucca, y entró triunfalmente, radiante, con satisfacción y altanería que á ella, la derrotada, la crisparon los nervios y pusieron mala de verdad el alboroto de la noche, luego, en el comedor y los taponazos del Champana corriendo en celebración de un suceso incomprensible y desconocido para Pantaleona.

Ciertamente, Pantaleona quería mucho á misia Jeromita: no conoció la infeliz otra madre que ella, y su cariño tenía algo de filial, mezcla de ternura y gratitud, si no efusivo, arraigado y firme; en vida de D. Jesús, y después de muerto, sus querellas fueron las de dos niños que disputan por un juguete, y á la verdad, la primera en ceder y en perdonar era la más vieja, y Leona la terca, la rencorosa, la indomable, más por mímico extremado que por dureza de carácter. Y así como quería Pantaleona á misia Jeromita, la respetaba en su virtud austera, de señora aprisionada en el círculo angustioso que las conveniencias trazan despóticamente á la mujer, envejeciendo con resignación, soportando las tristezas del celibato con dignidad, sin ofrecer á la malicia sombra de pretexto para disculpar una mordedura en su reputación, acaso, ¡ay, sí!, sacrificándose en aras del cariño fraternal, pues no era tarasca á quien muchos desdeñasen, y su cualidad de pensionista la aseguraba marido en la primera ocasión deseada.

No, Pantaleona no lo comprendía, ni se daba cuenta de este cambio asombroso, extraordinario, que, de golpe y porrazo, había transformado á misia Jeromita, volviéndola del revés al punto de quedar desconocida. No, la que tales desaciertos cometía, liándose la manta á la cabeza, era otra Jeromita que la reposada, amable y grave de antaño; otra, porque no distinguía lo que con los ojos cerrados el menos listo: estas dos razones, grandes como un templo, claras como la luz: primera, que el Fortunato Lucca en casa representaba el mejor incentivo para la calumnia, que hiere con más saña y acierto cuando la lógica le presta su disfraz; segunda, que la víctima propiciatoria sería ella, su Leona querida, cuyo nombre y cuya felicidad comprometía.

Pantaleona comenzó á dudar de misia Jeromita: su desatinada conducta y la dureza para tratarla hicieron que volteara cien veces la rueda de su pensamiento, y cien veces se detuviera en el mismo punto tenebroso: ¿qué clase de relaciones unía á la hermana con el joven toscano instalado en la pieza grande, contra viento y marea? Tales parecían los síntomas

posteriores, como los prolegómenos del hecho inaudito, que Pantaleona, al cabo de los ocho días, no dudaba casi, y ante la supuesta evidencia retrocedía avergonzada.

—No te molestes, Bastiana, insistió suspirando; que tengo más ganas de llorar que de probar bocadito... ¡Te parece que con estas cosas!.. Me doy de cabezadas en mi jaula, pretendiendo escapar por los barrotes estando abierta la puerta, como rabioso pajarraco, y me ensangriento y lastimo sin encontrar



Fué de puntillas, se arrodilló delante de la puerta y miró...

la salida. ¿Adónde he de ir? ¿Qué he de hacer? Mi protesta silenciosa de nada me vale, promover el escándalo sería dar gusto al barrio con menoscabo de la razón que me asiste y en perjuicio de mí misma: consentir, no puedo; transigir, tampoco; aguantar, como dice Nepomuceno, ¿hasta cuándo? Esta clase de situaciones no se prolongan mucho y á voluntad, revientan el mejor día, y lo arrastran todo... ¡Ay, Bastiana, déjate de hacer biftecs y dame un consejo, por tu vida!

—Todo consejo que yo diera, *signorina*, contestaba la mujerona aporreando el trozo de carne y aderezándole sabiamente, maldito si le serviría á usted, porque el que no come se muere, y una vez muerto no le resucitan todos los consejos del mundo. Después que haya usted comido, le daré yo uno...

—Dámelo ahora, que te prometo devorar cuanto me pongas delante.

—Pues, verá usted; á mí, si usted no lo toma á mal, me pasó algo parecido á lo que en esta casa está ocurriendo: que el mi padre, ya viudo, se buscó mujer joven y la quiso meter conmigo, y nos pusimos á matar las dos, yo que había de echarla fuera, y ella á mí, y mi padre, naturalmente, del partido de ella, porque no hay mayor sinvergüenza, con perdón de usted, que viejo á quien le pica el amor... Pues entre ella y yo y mi padre, y todos tres, convertimos la casa en el mismo infierno: el día que no nos tirábamos los platos, nos arañamos ó nos hacíamos las más grandes perrerías, hasta que yo, cansada, una noche de gresca la pegué una tunda á la mala hembra en las nalgas desnudas, que corrió sangre ó creí verla correr; acudió el viejo á defenderla, y de un guantazo le hinché los hocicos, y á los dos les dije: «¡Abur, queda el campo libre, me voy á América!»

—¡Bastiana!.. ¿Y eso quieres que haga yo?

—Cuando á una se le acaban la paciencia y las razones, vengan moquetes, y venza el más fuerte. ¿Había yo de aguantar á la tal? Eso de aguantar, bueno está para el Sr. D. Nepomuceno, que es un bendito... ¿A que no sabe usted á qué ha ido la señora al pueblo? A comprarle unas toallas más finas á *nostro príncipe*, porque las de pelo ¡le estropean el cutis! Aguanté usted, aguanté usted... Y esta noche le guisaremos con arroz la gallina catalana, esa tan ponedora, que usted crió y sacó del huevo: aguantar, aguantar... Y más, y más, ¿le he dicho que Agueda me dijo que sus señoras *no pondrían ya los pies aquí?*

¿Y tampoco la médica, ni ninguna vecina? Aguante usted, niña... Si no habrá otro remedio: ¡con estas manos, y él que es delgaducho y finito!, si usted me autoriza, le hago picadillo.

—¡Cállate, Bastiana, no seas borrica!, que me estás friendo como la carne de esa sartén, ¡ay, Dios mío!

—Al que dará lástima de verle, es á su primo de usted, D. Nepomuceno; ¡tendrá el cuarto aquel!.., y como la señora Mercedes no toca una escoba, porque su condición de viuda de un vista de Aduana se lo prohíbe... ¡Sacramento! Yo creo que debiera usted casarse con D. Nepomuceno... ¿Y qué? ¡El la quiere á usted muchísimo, la adora, y tiene unos celos de D. Jorgito!.. ¡Parece mentira que no lo haya usted descubierto! Pues ¿qué mejor solución del *imbroglio*? Cada uno en su casa y *tutti contenti*.

—Bastiana, que desbarras. ¡Si Nepomuceno es casado!

Se levantó, disgustadísima, y fué á visitar sus plantas olvidadas, que, en la reducida lonja de terreno que la tapia y la vereda interior las concedían, vegetaban tristemente, expuestas, sin defensa, á sus minúsculos y poderosos enemigos, y así talaban las orugas los rosales; los jazmines perdían hojas y capullos, devorados por los piojos; la hormiga negra, en volantes escuadrones, asolaba el campo de batalla, y la humedad y la sombra del muro daban vida á más formidables combatientes... En el corral, gallináceas y palmípedos la saludaron con estrepitosa algarabía; dieron zapatetas los conejos y esponjóse el pavo, arqueó la cola y alargó el colorado moco más de un palmo; la triste condenada, acurrucada en el nidal, cloqueó mansamente bajo la mano del ama cariñosa. Mediaba el día, y el sol triunfante incendiaba el campo y el aire, como en las mejores mañanas de estío; las torrecillas y flechas de la quinta de Blumen, sobre el fondo turquí del cielo, se destacaban graciosas, á semejanza de recortada estampa de colores; volteaban ruidosamente las finas y pintadas aspas de su molino, dispensador del agua beneficiosa; chispeaba la vidriosa cresta de la tapia; daban el alerta los gallos del contorno, y convidaba á sestear la tranquilidad vecinal.

Cuando Sebastiana llevó el almuerzo á la señorita, la halló de codos sobre la consola de su alcoba, donde había echado un mantelillo y colocado el cubierto; y cuanto hizo el femenino coloso para distraerla, ya con su charla pintoresca, ó con juramentos de irrespetuoso y mal contenido enfado, fué completamente inútil y hubo de tornar á la cocina, arrojando el desdeñado filete á *Diamela*, que, por no querer compartirlo con su amiga *Patitas blancas*, recibió un zarpazo de *Barcino*, armándose entre los tres una trifulca superior.

Hartóse de cavilar Pantaleona, al cabo, y la sedación la adormiló en la butaca. No oyó, pues, el violento cerrar de una sombrilla delante de la alcoba, cuya persiana dió paso á Dolorcitas, entrando ésta muy sofocada, con fingida tos de necio portador de encargo grave, mientras decía:

—¡Jesús! ¡No se ve gota! Ché, ¿dónde estás?

Acercó una butaca á la en que Pantaleona reposaba y sacudió el brazo de la durmiente. ¡Qué frescura! ¡Qué conciencia tan ancha! ¡Durmiendo, como si no hubiera roto un plato, á la vista y paciencia de todo el barrio! ¡Leona! ¡Leoncita! Cuando la otra despegó los hinchados ojos, advirtió la de Cadenas las huellas del dolor, y se echó atrás.

—Hija, ¿qué te pasa? ¿Todavía la maldita jaqueca?

Y quedó sin saber cómo soltar la bomba, que bien preparada y envuelta acababa de confiarla misia Elvira; porque, Pantaleona, al reconocerla, rompió á suspirar, y ella se enterneció al punto de titubear si la solitaria ó no, aunque la advertencia final de la mamá la sonaba en los oídos: «¡Guárdate de sus lágrimas de cocodrilo y de algún patatús de comedia!» Se compuso el pecho, mirando á la bonita alcoba tendida de cretona y adornada de mil graciosas chucherías; entretanto, renovaba la tosecilla impertinente.

—¡Por Dios! En verdad, razón no te falta para afligirte, pero... Confieso que yo no soy de las que creen, y las hay que creen horrores. ¿Acaso te conocemos de ayer? Sin embargo, hija, suceden cosas... Al más ciego se las pueden poner delante. Y en el barrio sobran ojos que vean y lenguas que corten, ¡qué lenguas! También ustedes, ¡qué poco tino! Yo se lo he dicho á mamá y á Jorgito, queriendo disculparte: es falta de tino nada más. Porque, al principio, pensábamos que el tal sería algún vejete inofensivo, á pesar de lo que en contrario afirmaban todos, y la pobre mamá ha llegado á creerlo cuando lo ha visto, *lo ha visto*...

(Continuará)

¡FUEGO!, POR EL CAPITÁN ARTURO SHEAN

INGENIERO CONSULTOR DE LA BRIGADA DE BOMBEROS

Este artículo enumera las muchas causas, al parecer insignificantes, que ocasionan los incendios; los medios de prevenirse contra ellos y la manera de escapar de un edificio presa de las llamas.

Es un hecho curioso el que, siendo los incendios el accidente que con más frecuencia suele ocurrir en



Son muy frecuentes los incendios producidos por una lámpara colocada sobre una mesa cubierta con un tapete

las casas, sea, sin embargo, aquel contra el cual no se tome, por regla general, ninguna precaución.

Se gasta el dinero en cerrojos y cerraduras para guardarse de los ladrones; se llama en seguida á los obreros respectivos para que compongan una grieta en el cielo raso ó un balaustre que falte en el pasamanos de la escalera; pero ¿quién se ocupa de los incendios? ¿Quién piensa jamás en gastarse una peseta para impedir que estalle, ó dedica un momento á determinar lo que tendría que hacer cada uno de los habitantes de la casa si llegara á estallar?

Es poco menos que incomprensible el que así suceda, pero de que así sucede no cabe duda. Responda cada cual: ¿tiene usted la más remota idea de lo que debería usted hacer si cayese al suelo en su dormitorio una lámpara encendida cuyo líquido inflamado se extendiera por el piso? Si un incendio estalla en una de las habitaciones de su casa, ¿tendrá usted que correr en busca de una vasija cualquiera, llevarla luego bajo la primer llave de agua que encuentre, darle á ésta vuelta, llenar el cacharro y volver con él ¿adonde está el fuego?, ¿ó ha pensado usted en gastarse doscientos reales en comprarse una bomba de mano portátil con que apagar las llamas en tres minutos?

Pero dejémos de preguntas un poco embarazosas de contestar y volvamos á tratar de nuestro tema.

Primeramente tratemos de las lámparas de petróleo ó aceite, que son las que más incendios originan.

¿Qué cosa hay más común que ver una lámpara colocada sobre una mesa cubierta por un tapete? Sin embargo, es una de las cosas más peligrosas que hacerse pueden. Llega un niño jugando, resbala, se tambalea, ase instintivamente el tapete, cae y lo arrastra tras sí, é imagínese usted lo que sigue.

Otras veces una persona muy pulcra ve que el tapete cuelga más de un lado que de otro. Se olvida de la lámpara, ó si no se olvida, ha arreglado tantas veces el tapete en iguales condiciones, que le pasa la mano y da un tirón, la lámpara está cerca del borde, ó tropieza la mano con ella, ó el tirón es muy violento, y ¡zas!, cae.

«¡Ah!, dice alguien, á nosotros no se nos ocurre poner la lámpara sobre la mesa grande; vea usted, la colocamos sola sobre esta mesita; aquí sí que no hay peligro.»

Y muestran con mucho orgullo una mesita tan endeble, que el menor roce de una persona que pasa es suficiente para que se venga al suelo.

No. No. Si quiere usted no correr peligro, cuelgue usted la lámpara del techo ó puesta en un aro clavado en la pared; esto puede, sin embargo, dar lugar también á otro peligro. Las lámparas sujetas á la pared no deben serlo con clavos; el carpintero debe antes introducir unos tarugos de madera en ella y sujetar con tornillos el receptáculo para la lámpara.

Sí, á pesar de todo, tiene usted una mesa sólida, sin tapete, que no sea fácil de tirar al suelo y quiere usted colocar en ella la lámpara, coloque usted debajo del pie una fuente honda, á fin de que el petróleo, si llegara á derramarse, no corra por la mesa y caiga al suelo.

Otro punto en que hay que tener mucho cuidado es en que todas las lámparas se limpien y provean de aceite durante el día. Andar con petróleo cerca de una luz artificial es el colmo de la imprudencia; hay también el peligro, después de llenar la lámpara, de dejar la lata sin tapar, pues si después de encendida la mecha se arroja el fósforo sin estar completamente apagado, puede caer dentro de la lata, produciendo una explosión.

Pero supongamos que á pesar de todas las precauciones la lámpara cae y que un río de llamas corre por la alfombra; en ese caso, lo primero es conservar la sangre fría, lo segundo no echar agua. Este segundo consejo es preciso tenerlo muy presente. El agua lo que hará será ayudar á que las llamas corran, y por ningún concepto debe usarse. Lo que procede es coger una alfombra ó felpudo, tirarlo sobre las



Para apagar una lámpara de petróleo hay que bajar la mecha y soplar de abajo arriba

llamas y pisar encima. Si así se hace en el acto, se evitará todo daño y en un momento quedará apagado el incendio.

Otra cosa mejor todavía es la arena. Si se tiene á mano un cajón de arena cerca de las habitaciones donde hay lámparas encendidas, puede evitarse en seguida el mal que pudiera causar una lámpara que se cayese á rompiese.

Por último, debemos añadir en este capítulo que hay un modo bueno y otro malo de apagar las lámparas. El bueno es bajar la mecha, y cuando la llama principia á saltar, soplar de abajo arriba. El malo, el que podría pro-



Lo que procede es coger una alfombra ó felpudo, tirarlo sobre las llamas y pisar encima

ducir una explosión, es soplar hacia abajo por la boca del tubo.

Del petróleo pasemos al gas, sistema de iluminación no tan peligroso, pero que, sin embargo, exige también muchas precauciones.

Parece ridículo repetir aquí el tan conocido consejo de que no debe buscarse nunca un escape de gas con una luz encendida; pero suceden tantos incendios realmente por este motivo, que no está de más hacerlo.

Despierta una persona á media noche, siente un olor á gas, y olvidándose de ese consejo tan viejo, hace la cosa más natural y más insensata posible, enciende una luz y se pone en busca del escape. Va abriendo habitación tras habitación, introduce la cabeza y huele, hasta que al fin, al abrir una puerta, ocurre una terrible explosión, y luego las gentes, al leer la noticia en los periódicos, se admiran de que haya personas tan locas.

Y sin embargo, es esa una locura que la puede tener cualquiera si no anda con mucho cuidado. Cuando de noche se sienta olor de gas, búsquese el escape con la nariz. Si el olor no es más fuerte en un cuarto que en otro, ábranse todas las ventanas durante unos cuantos minutos. Volviéndolas luego á cerrar, es fácil averiguar en donde está el escape, y tapándole con jabón, se puede dormir tranquilo hasta que acuda al día siguiente el lampista á soldarlo.

Muchos incendios suceden á causa de los mecheros de gas que suelen tenerse en ciertas dependencias interiores de las casas, como cocinas, despensas, etcétera. Es cosa muy común que las amas de casa económicas digan: «¡Oh! Aquí no hay necesidad de poner tubos ni globos, se romperían en seguida,» y continúa ardiendo á sus anchas el mechero, hasta que un día una toalla ó paño que se balancea junto á él le toca y se prende fuego, y la casa se quema por no haber querido gastar una peseta en un globo de alambre.

Es en verdad muy extraordinario ver con qué frecuencia las gentes pierden mucho por no gastar poco.

Las chimeneas constituyen otro peligro. Muchos son los incendios que en ellas tienen origen y se pro-



La costumbre de leer en la cama á la luz de una vela ha sido causa de muchos accidentes desgraciados.

ducen únicamente porque el amo de casa, para economizarse el gasto de hacerla limpiar, no toma esa precaución, una de las más esenciales contra el peligro de incendio.

Y á propósito de esto, hemos de añadir que hay que vigilar la limpieza de las chimeneas.

El limpiachimeneas con frecuencia ve que el deshollinador tropieza con algún obstáculo y frota y da contra él hasta que al fin lo desprende y abajo se viene medio ladrillo, que va á parar al saco junto con el hollín, sin que ni él ni nadie ponga en ello atención.

Pero aquel ladrillo ha salido de uno de los huecos donde descansan las cabezas de las vigas y deja al descubierto un trozo de madera, que se va carbonizando más y más cada vez que se enciende el fuego, hasta que un día también se enciende y continúa ardiendo lentamente hasta que toca algo más inflamable y la casa arde por completo, sin que nadie tenga la menor idea de la causa del siniestro.

Por lo tanto debe preguntarse al limpiachimeneas si se ha desprendido algún ladrillo al limpiar; si así ha sucedido ó si por cualquier motivo se cae alguno, hay que llamar en seguida al albañil.

Cuando se prende fuego á una chimenea de la manera que es más frecuente, debe echarse al fuego de

El sistema más seguro para leer en la cama á la luz de una vela es poner ésta en una palangana con agua.



la hornilla sal, que lo apagará y cortará la corriente de aire hacia arriba que iba á avivar las llamas.

Pero no es tan sólo á la chimenea á lo que hay que atender, sino también al fuego mismo.

Toda chimenea debe estar provista de un guardafuegos movable, que pueda ponerse siempre que sea preciso. Y es necesario, por lo menos es lo más prudente, hacerlo así siempre que se deje fuego encendido en una habitación que se va á quedar sola. Nada hay más fácil que el que salte un carbón encendido y caiga en la alfombra; teniendo un guardafuego esto es imposible. También debe colocarse cuando se enciende el fuego por la mañana, pues todos sabemos el chisporroteo que entonces se produce y el daño que una chispa puede ocasionar.

Tampoco debe ponerse ropa á secar delante de una chimenea sin guardafuego. El secar la ropa blanca es siempre una operación peligrosa y debe dársele vueltas á menudo para convencerse de que no hay novedad.

Otra de las causas frecuentes de incendios en las casas es la costumbre de leer en la cama. Muchas son las desgracias que han resultado de quedarse el lector dormido, dejando la bujía encendida. Durante la noche cualquier movimiento brusco hace caer la vela, prendiéndose de este modo fuego á las sábanas.

Así, pues, no debe leerse en la cama; pero si fuera necesario, colóquese el candelero dentro de una palangana y á cierta distancia. Esta precaución permitirá entregarse con relativa seguridad á tan peligrosa costumbre.

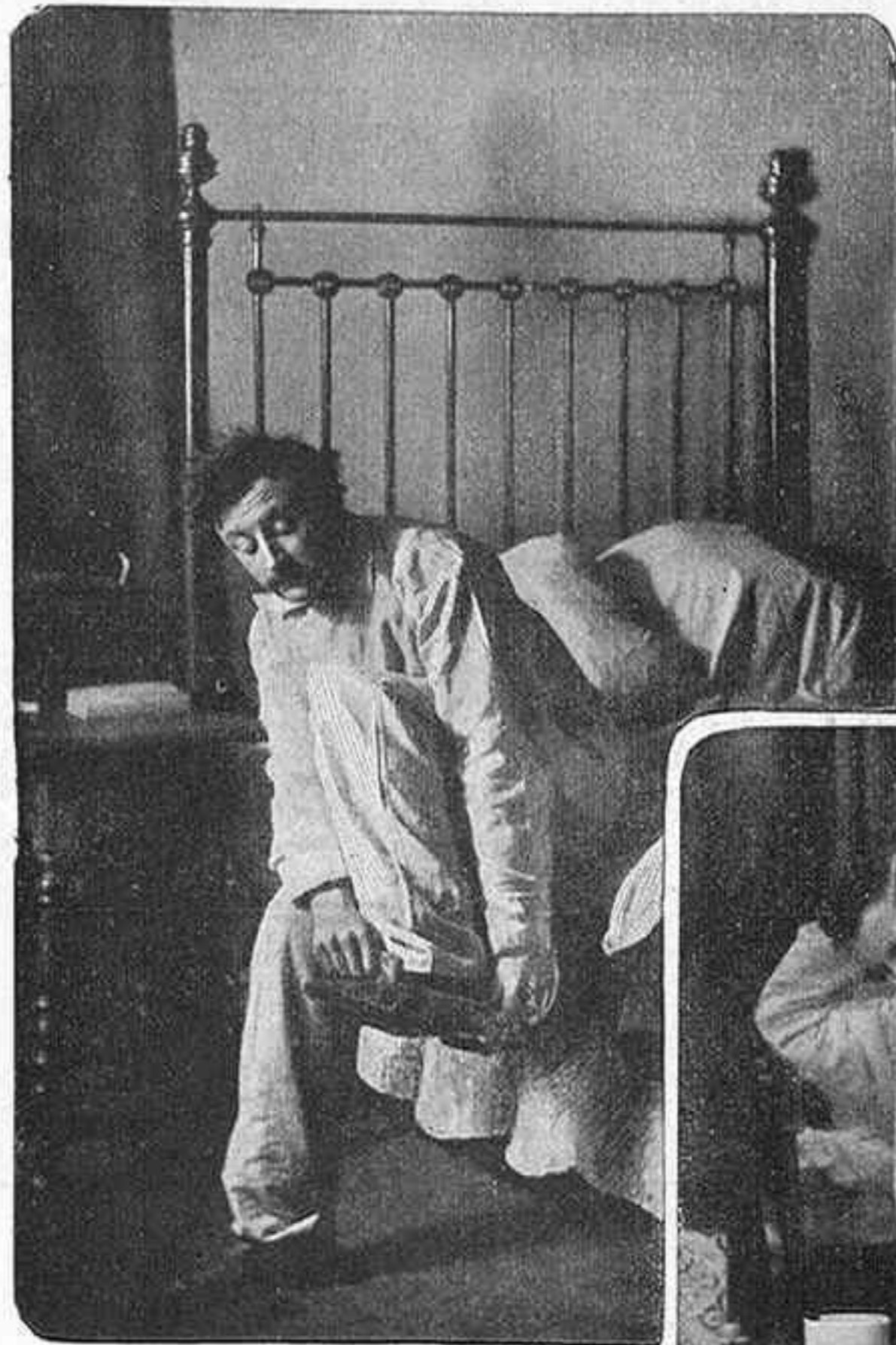
Las noches de Navidad, en que están los niños vestidos con trajes ligeros é inflamables, hay que tener mucho cuidado con que no se acerquen demasiado á las luces de los Arboles de Nochebuena ni á la chimenea.

Antes de que los niños se reúnan debe colocarse á mano una tina con agua y una alfombrilla; si algo ocurriera se tienen ya dispuestos los medios para apagarlo en el menor tiempo posible. El no tomar esa ligera precaución podría ser causa de que se quemara un niño, cosa que ha sucedido más de una vez en esas reuniones.

Vamos ahora á hacer algunas indicaciones generales sobre el modo con que debe procederse cuando ocurre un incendio.

Cuando se advierta el fuego, hay que cerrar inmediatamente todas las puertas y ventanas para impedir las corrientes de aire, pues éstas extenderían las llamas tanto como un barril de aceite.

Luego hay que aislar el fuego, es decir, quitar todo



Si de noche se ha iniciado un incendio, lo primero que debe hacerse al saltar de la cama es calzarse.



Para poder respirar bien, átese delante de la boca un pañuelo mojado

lo inflamable, como cortinas, papeles, muebles de tapicería, etcétera, y por último apagarlo, bien echándole encima una fuerte manta y pisando, bien echándole un chorro de agua constante, exceptuando cuando se trata de aceite ardiendo.

Si se prende fuego al traje que uno lleva, echarse al suelo sobre la parte incendiada, ó envolverse en una manta ó cosa parecida, y esto último es lo que debe hacerse cuando se ve arder la ropa de alguna otra persona.

Los incendios más terribles son los que ocurren de noche. Al despertarse y encontrarse con semejante novedad, lo primero que hay que hacer es ponerse los zapatos.

Después hay que tener presente que el humo es

más temible que las llamas. Es una costumbre muy conveniente poner, al acostarse, un pañuelo bajo la almohada. En caso de incendio hay que mojarlo muy bien en agua y amarrárselo delante de la boca y nariz; esto impedirá que el humo penetre y sofoque.

Si es necesario pasar á través de las llamas, hay que mojar todo lo posible la manta, envolverse bien en ella y lanzarse á toda carrera.

Cuando el humo esté á punto de asfixiar, hay que tener presente que muchas veces se puede respirar junto al suelo cuando ya no es posible hacerlo estando de pie; en ese caso debe seguir uno su camino arrastrándose con pies y manos.

Si hubiera precisión de salir por las ventanas, puede efectuarse por medio de una sábana ó de varias atadas unas á otras, como si fuera una sogas, cuidando mucho cómo se atan y asegurando uno de los extremos á una de las patas de la cama.

Para terminar, no debe cerrarse nunca con llave la puerta del cuarto donde se duerme; hay que examinar antes de acostarse si todas las cerraduras y cerrojos de las puertas y ventanas están corrientes y pueden abrirse con facilidad, y tomar todas las demás precauciones á propósito para alejar todo temor de incendio.

Una palabra más, referente á los seguros contra incendios. Casi todos los propietarios de casas tienen su póliza de seguros, pero muy pocos son los que tienen un inventario completo de lo que en ellas hay. Esto es tan importante como la misma póliza, porque en caso de incendio no se paga ninguna reclamación que no vaya comprobada con una relación detallada de los efectos, muebles, ropas y demás que se han quemado, especificando su valor.

De todo lo anteriormente consignado se desprende que en caso de estallar un incendio lo primero que necesitan los habitantes del edificio incendiado

es mucha serenidad. Cierta que esta es una receta más fácil de prescribir que de tomar, como vulgarmente se dice; pero si, como consignamos al principio, la gente pensara un poco más en lo que un incendio significa y adoptara oportunamente las convenientes precauciones, se evitarían muchas desgracias y se alejarían muchos peligros.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
en BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el retulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Frasco 5fr.
en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARRCSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co.
2^a St-Denis, 26

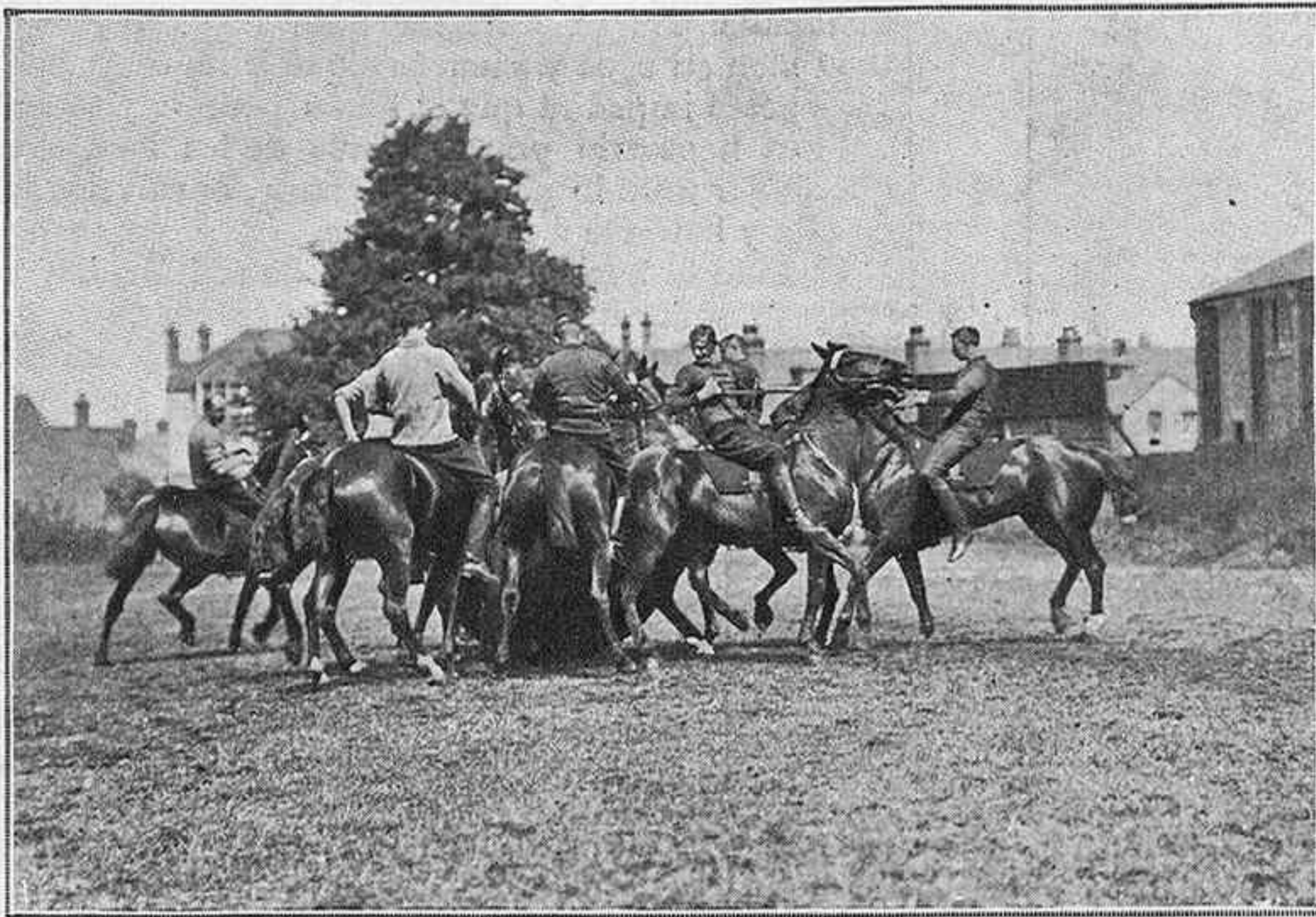
ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS y ELIXIR
RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

UN NUEVO DEPORTE. - EL «PUSH-BALL» Á CABALLO



Una refriega general



El empuje de un equipo

UN NUEVO DEPORTE
«EL PUSH-BALL» Á CABALLO

El *push-ball*, nombre que traducido literalmente significa «empuja-pelota», es un nuevo juego, como habrían dicho nuestros padres, ó un nuevo deporte, como decimos ahora, que los guardias de corps del rey Eduardo VII de Inglaterra juegan hoy en los céspedes del Palacio de Agricultura de Londres.

El *push-ball*, que se vió jugar por vez primera en circos alemanes, es una derivación, á la vez, del polo y del *foot-ball*: del *foot-ball* porque se trata de una pelota, pero de una pelota gigantesca (1'50 á 1'60 metros de diámetro) que hay que hacer llegar á la meta; y del polo, puesto que sólo se juega á caballo. Los jugadores se dividen en dos campos, y, teniendo buen cuidado de no tocar la pelota con las manos ni con los pies porque está expresamente prohibido, la dirigen, la hacen avanzar y la empujan con sus caballos. Y ocurre un hecho curioso,

y es que los mismos caballos acaban por interesarse en el juego tanto como los jinetes. Nada tan divertido como ver á los tres caballos de un equipo empujar, todos perfectamente á una, la pelota gigantesca hacia el equipo contrario ó estrujarse impetuosamente todos los caballos concurrentes en una refriega, piafando y relinchando. Los miembros de la familia real inglesa asisten con frecuencia á esas partidas de *push-ball* que les interesan de un modo extraordinario. - X.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOYZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico,
ni sustancia venenosa.

CURA LA GOTA
el Reumatismo, el Artritis,
la Diabetes, las Enfermedades
del Hígado y de los Riñones.

Foto PLANCHE
en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

Las
Personas que conocen las
PÍLDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentacion
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.*

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iri-
tacion que produce el Tabaco, y especialmente
á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emision de la voz. - PREGIO : 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS
JORET-HONGLE
CURA
LOS DOLORS, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165 r^o
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas
Reconstituyente
prescrito por los medicos, con base
de Vino generoso de Andalucia pre-
parado con jugo de carne y las cor-
tezas más ricas de quina es soberano
en los casos de : Enfermedades del
Estómago y de los Intestinos, Con-
valescencias, Continuación de Partos, Movi-
mientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la
Clorosis, la *Anemia*, el *Apoca-*
miendo, las *Enfermedades* del
pecho y de los *intestinos*, los
HEMOSTÁTICA
Espustos de sangre, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida
á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.